
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
GANE 1 MILLON DE PESETAS
¡NO DESPIERTES AL DEMONIO!


SELECCION
TERROR

CLARK CARRADOS

¡NO DESPIERTES AL DEMONIO!

Colección SELECCION TERROR n." 599 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B 35.774-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: enero, 1985

1.ª edición en América: julio, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1985

CAPITULO PRIMERO

Al atardecer, cuando el sol descendía hacia las lejanas colinas, la fiesta estaba en todo su apogeo. Desde el porche de su casa, a un kilómetro de distancia aproximadamente, Elynor Wilding contemplaba en ocasiones el bullicio de la gente que se había reunido en el jardín posterior del Hunters Club, de Sheenhyn-on-Shyne.

Era la fiesta anual. Los hombres vestían correctamente, de oscuro en su mayoría, mientras la mujeres llevaban trajes de vivos colores, casi todas con sombrero y muchas con grandes pamelas, adornadas con flores y frutos pequeños, una moda muy anticuada, pero elegante en ocasiones.

En las mesas, abundaba la comida y la bebida. Sobre un tablado, una orquestina interpretaba toda clase de piezas, viejas y melódicas, y modernas y estridentes, en un ecléctico concierto que contentaba a todos los asistentes a la fiesta. Por supuesto, no faltaban tampoco las piezas folk y country y hasta los lamentosos blues que uno de los músicos interpretaba con arte singular.

Sentada en una mecedora, con los prismáticos en una mesita, al alcance de la mano, Elynor sonreía casi constantemente, con una

expresión mezcla de amargura y de desprecio. No había sido invitada a la fiesta, pero era algo a lo que ya estaba acostumbrada. Lo extraño hubiera sido recibir una invitación, pero el Hunters Club, una sociedad cerrada, muy privada, había excluido a Elynor casi desde el día en que llegó a Sheehyn-on-Shyne.

Tampoco le importaba. Estaba allí porque le gustaba el país y, al menos, parte de las gentes del pueblo eran buenas personas, amables y corteses. Claro que ninguna de ellas pertenecía al muy aristocrático Hunters Club, en cuyas listas de miembros figuraban casi por completo los apellidos de los fundadores de la población, llegados allí más de ciento cincuenta años antes.

Ella era una advenediza, lo sabía y no le importaba.

Y no guardaba rencor hacia ninguno de los miembros de aquella sociedad, ni siquiera hacia sus esposas o hijas, la totalidad de las cuales, con muy escasas excepciones, alzaban la barbilla y miraban hacia otra parte, cuando se cruzaban con Elynor en alguna de las calles del pueblo.

Pero había otras personas que sí sentían odio y rencor hacia los miembros del Hunters Club.

Una de dichas personas era Heston Durratt.

Estaba en una loma cercana, a menos de ciento veinte metros, en la copa de un frondoso árbol, desde donde miraba ampliamente el lugar de la fiesta.

El odio de Durratt era como una caldera a toda presión, sin válvula de seguridad. La caldera estaba a punto de explotar y Durratt tenía en las manos un potente fusil de caza.

El arma no disponía de mira telescópica, pero eso no le hacía falta a Durratt, capaz de cazar piezas más veloces en las más difíciles condiciones.

Levantó el rifle. La caldera había llegado ya a su punto de máxima presión.

Apuntó el arma. Su índice presionó lenta y suavemente el gatillo.

El estampido del disparo llegó hasta Elynor quien, inmediatamente, levantó la cabeza, sobresaltada.

Un hombre se desplomó, con el pecho atravesado por el proyectil. Su

esposa lanzó un chillido de horror.

Decenas de pares de ojos se volvieron hacia el lugar de donde, presumiblemente, había partido el disparo. Elynor agarró los prismáticos para ver lo que sucedía.

Algunos hombres, uno de ellos un médico, se precipitaron sobre el caído. En aquel instante, se desencadenó una tempestad de tiros.

Dos hombres cayeron sucesivamente, uno agarrándose la pierna izquierda con ambas manos y el otro con el costado derecho destrozado por el proyectil. Un tercero cayó sin proferir un solo grito, cuando la bala le entró por el ojo derecho y le salió por la base del cuello.

A través de los prismáticos, Elynor contemplaba horrorizada la tragedia que se desarrollaba a mil metros escasos. En el lugar de la fiesta reinaba una espantosa confusión.

Hombres y mujeres corrían alocadamente, sin sentido, tratando de huir de los proyectiles que devastaban el lugar. Una mesa, repleta de víveres y botellas, volcó con terrible estruendo, atrapando debajo de ella a dos mujeres, que chillaban frenéticamente.

Un hombre que iba de un lado a otro, ciego, agarrándose la mandíbula inferior con las dos manos, mientras emitía rugidos que no tenían nada de humanos. Otro quiso esconderse detrás de un seto, pero, al saltar, un nuevo proyectil le destrozó la columna vertebral y quedó inmóvil en el acto.

Los disparos cesaron muy poco después. Cuando se hubo restablecido, en parte solamente, la calma, el balance de víctimas era aterrador: cinco muertos, de ellos una mujer, y doce heridos, cinco mujeres y siete hombres, y algunos con heridas de tal gravedad, que hacían temer por sus vidas.

Al cabo de un rato, un hombre, que seguía aún tendido en el suelo, aunque, por fortuna para él, ileso, alzó la cabeza y pronunció a grandes voces un nombre:

—¡Ha sido Heston Durratt!

* * *

En medio de la noche, un fuerte griterío despertó a Elynor, quien acababa de dormirse después de largo rato de hallarse acostada en su cama, sin lograr conciliar el sueño. Excitada y también intrigada, la

joven se levantó y corrió hacia la ventana de su dormitorio.

La luna estaba en plenilunio y al no haber encendido la luz, podía ver los detalles casi como si fuese de día. Divisó numerosas siluetas de hombres en cuyas manos brillaban los cañones de las armas de fuego y oyó los aullidos de los sabuesos que también formaban parte de lo que sabía era una expedición de caza.

Pero la presa era un hombre y sintió un escalofrío al pensar en la suerte que le esperaba al desdichado.

Abrió la ventana por completo. Gritos de furor llegaron nítidamente a sus oídos:

—¡No hay que dejarle con vida!

—¡Es el hijo del demonio! ¡Debe reunirse con su padre!

—¡Tiene que pagar lo que ha hecho! ¡Lo ahorcaremos!

—¡No, le quemaremos vivo!

Una voz tonante resonó por encima de todas las demás:

—¡El modo como debe morir es lo de menos! ¡Heston Durratt no debe llegar vivo al amanecer!

Un grupo de tres o cuatro hombres pasó a menos de cien metros de su casa, acompañados por cuatro o cinco perros que ladraban horriblemente. Elynor hubiera debido protestar por lo que consideraba invasión de una propiedad privada, la suya, pero sabía que resultaría inútil.

Sin embargo, podía hacer algo y corrió al teléfono que tenía sobre la mesilla de noche. Encendió la luz para ver y marcó presurosamente un número.

Alguien contestó de mal talante:

—Oficina del comisario... ¿Diga?

—Soy Elynor Wilding, de Claire Forest... Comisario...

—El comisario no está. Ha salido, señorita. Soy el ayudante Stimson...

—Ayudante, he visto numerosos hombres armados. Van en busca de Durratt, a Swamp Woods... Lo matarán... He oído que lo decían... Tiene que hacer algo...

—No se preocupe, señorita —contestó Stimson indolentemente—, El comisario los acompaña. El hará que se cumpla la ley, descuide. Buenas noches, señorita Wilding.

Elynor colgó el teléfono lentamente. Los gritos y los ladridos de los sabuesos se alejaban con rapidez.

Pero ella sabía que no tardarían mucho en dar con su víctima. Durratt vivía a menos de dos kilómetros, casi al borde del pantano. Elynor sabía también que muchos de los miembros del Hunters Club odiaban ferozmente a Durratt. Sólo había faltado la matanza de la tarde, para que el odio se desencadenase de una forma irresistible.

En silencio, oró por el alma del hombre que ya no vería la luz del nuevo día.

Heston Durratt oyó los gritos y los aullidos de los perros, y comprendió inmediatamente lo que sucedía.

—Vienen a por mí —masculló, mientras se tiraba del camastro en que dormía.

Presurosamente, se puso las botas. No se había quitado los pantalones, pero sí la camisa y no se entretuvo en terminar de vestirse. Tampoco cogió su rifle, porque sabía que toda posibilidad de defensa le estaba vedada.

Eran demasiados contra uno solo. Su única posibilidad de seguir con vida era esconderse en el pantano, que conocía como la palma de su mano. Salió de la mísera cabaña en la que vivía y entonces divisó las luces de algunas linternas ya a muy poca distancia.

Durratt echó a correr. Aunque ya había rebasado los cincuenta años, era fuerte y robusto. Con un poco de suerte podría escapar, dar esquinazo a aquellos bastardos...

Los perseguidores estaban cada vez más cerca. Los aullidos de los perros ponían pánico en el alma.

Corrió velozmente, sintiendo en el rostro y en el torso desnudo los golpes de las ramas bajas. De pronto, alguien divisó su silueta.

—¡Ahí va!

Sonó un tiro. La bala pasó alta, silbando sobre su cabeza, y se hundió en el tronco de un árbol.

Durratt se volvió un instante, enseñando los dientes en son de burla. Un enorme mastín se le echó encima, pero, por fortuna, no había descuidado el cuchillo, que había cogido al salir de la cabaña y, revolviéndose aún más fieramente que la bestia, descargó un tajo con todas sus fuerzas. El animal abierto en canal desde la garganta al vientre, cayó al suelo, pataleando horriblemente, con las tripas fuera.

Un hombre descargó su escopeta. Algunos perdigones se hundieron en el hombro derecho de Durratt, quien se limitó a sonreír despectivamente.

Continuó su carrera. El pantano estaba ya a menos de doscientos metros de distancia.

Inesperadamente, una bala le rozó la parte exterior del muslo derecho. Empezó a cojear. Perdió velocidad.

Dos perros más lo atacaron. Uno consiguió morderle el brazo izquierdo, mientras degollaba al otro. Cuando el primero volvía a atacarle, le asestó un tajo tremendo, que le cortó la cabeza en el acto.

A cincuenta pasos de distancia, un hombre plantó los pies firmemente en la tierra cenagosa, apuntó y apretó el gatillo.

Durratt se tambaleó, aunque no cayó. Sabíase gravemente herido, pero todavía tenía una posibilidad. Conocía un lugar donde esconderse...

Atemorizados por la sangre de los canes muertos, los restantes aullaban con furia, pero sin atreverse a atacar a un enemigo, del que su instinto les decía era aún más peligroso que ellos mismos. Al fin, Durratt consiguió alcanzar el borde de la ciénaga.

Allí había agua pestilente, a un metro por debajo del suelo. Durratt sentía correr la sangre por su espalda, pero no hizo caso. Un par de pasos más y estaría salvado, se dijo:

Entonces, se oyó una descarga cerrada.

Durratt saltó hacia adelante, con los brazos abiertos, y cayó al agua con gran chapoteo. Vapores amarillentos se elevarón en el acto, mientras el hedor de la charca se extendía por todas partes.

—¡Ya está! —gritó uno.

—¡El hijo del demonio ha ido a reunirse con su padre! —bramó otro, ebrio de júbilo.

Las aguas se agitaron unos momentos. Dos o tres linternas alumbraron el lugar donde se había sumergido Durratt. Burbujas sanguinolentas afloraban a la superficie, pero muy pronto dejaron de explotar con siniestros chasquidos y el agua recobró de nuevo su aspecto tranquilo y espejeante.

En la cabaña donde había vivido Durratt, Wayne Fox, comisario de Sheehyn-on-Shyne, examinaba con toda atención un rifle de caza.

—No hay duda, fue usado hoy y, por desgracia, con sangrienta prodigalidad —dictaminó—. De todas formas, haré que se realicen las oportunas pruebas balísticas...

Un hombre se asomó en aquel momento a la puerta de la cabaña.

—¡Comisario, ya está! —dijo.

—¿Lo han capturado? —preguntó Fox.

El individuo sonrió torvamente.

—Lo ha capturado el diablo —respondió.

Fox pareció enojarse.

—Maldita sea. Dije que... —pero su voz carecía de convicción.

Alguien entró y recorrió con la mirada el interior de la cabaña.

—Wayne, vamos a quemarla —anunció.

El comisario asintió.

—Yo no estaba cuando sucedió —dijo.

—Descuide —contestó el recién llegado, enseñando los dientes.

Elynor oyó los distantes disparos y lloró al imaginarse lo sucedido. Más tarde, vio las llamas que se elevaban en la oscuridad de la noche. Con aquel fuego, pensó, las gentes de Sheehyn-on-Shyne pretendían borrar hasta el último rastro del hombre al que muchos habían considerado como hijo del demonio.

CAPITULO II

Durante los días que siguieron, Sheehyn-on-Shyne se vio invadida por una especie de plaga de langosta, en forma de periodistas de todas clases, comentaristas de radio y televisión y hasta curiosos que pretendían ver el lugar donde había acontecido la matanza y en donde, en el primer momento, habían muerto ya cinco personas. Dos más fallecieron en las horas siguientes, con lo que el total de víctimas mortales se elevaba a siete.

Cuatro heridos tardarían semanas en curar. Uno quedaría impedido por el resto de sus días.

Sin embargo y salvo los parientes directos de las victimas, el resto de los habitantes de Sheehy-on-Shyne se sentían satisfechos. El autor de tan horrible matanza había pagado con su vida. El hecho que, en la misma noche, hubiera ardido su cabaña hasta no quedar en ella otro rastro que las cenizas, no parecía importar demasiado a la gente.

Fox, el comisario, era el blanco predilecto de todos los periodistas y comentaristas de radio y televisión. Elynor, que había bajado al pueblo tres días más tarde, pudo presenciar una de las últimas entrevistas que le hicieron.

—Comisario, ¿es seguro que Heston Durratt fue el autor de los disparos? —inquirió el periodista.

—Absolutamente seguro. Encontramos el arma con la que se cometió el delito y la prueba balística demostró que las balas extraídas de los cuerpos de las víctimas, las que no los atravesaron, claro está, habían sido disparadas por el fusil de Durratt.

Otro periodista intervino:

—Comisario, por ahí se rumorea que fue un linchamiento, que no se tenía demasiado interés en arrestar a Durratt para someterle a un juicio regular. ¿Qué opina usted de este asunto?

—Son calumnias —protestó Fox indignadamente—. Yo dirigí la persecución y, en uso de mis atribuciones, nombré delegados a todos los que quisieron unirse en una misión de estricta justicia. Durratt no quiso entregarse y se resistió al arresto. Teníamos derecho a defendernos, ¿no le parece?

Elynor presenciaba la escena, apoyada en una pared cercana, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando los periodistas hubieron terminado con el representante de la ley, llamó:

—Comisario…

Fox se volvió en el acto. Vio a la joven y se tocó el ala del sombrero negligentemente, con dos dedos.

—Señorita Wilding —saludó.

—He oído lo que ha dicho usted a los periodistas. Ha mentido usted como un bellaco.

El rostro de Fox enrojeció como un tomate maduro. Era un hombre cincuentón, de rostro de luna y grasiento, y con una barriga prominente, que le hacía parecer tenía las piernas como palillos, según comentaban mordaces los que lo habían visto alguna vez en la sauna de la ciudad. A Elynor le parecía un sapo.

—Usted no estuvo allí, señorita —dijo Fox, tascando el freno con dificultad.

—Durratt no se defendió sino de los perros. Sólo quería huir de sus asesinos...

—¡El lo era! Mató a siete personas.

—Tenía derecho a un juicio imparcial. Suponiendo que Durratt fuese el autor de la matanza, hizo el primer disparo a las cinco y media de la tarde. ¿Por qué, pues, aguardaron a pasada la media noche para ir en su busca?

—Teníamos que atender a los heridos —se defendió el comisario.

—Hay médicos en la ciudad. Usted pudo salir inmediatamente en su busca, si creía que era él —acusó la joven.

—Señorita Wilding, ¿pretende acaso enseñarme cómo he de cumplir con mi deber? —exclamó Fox, muy sulfurado.

—Soy una ciudadana que paga sus impuestos y, por tanto, pago su sueldo, lo que me da derecho a opinar sobre su forma de actuar y a criticarle si me parece que debo hacerlo. Lo que usted permitió, suponiendo que no lo hubiese ordenado, fue un linchamiento.

—Tendría que hablar con todos los que nombré delegados eventuales. Le dirían lo mismo que yo.

—Claro, casi todos ellos eran miembros del Hunters Club. Apenas había uno que no perteneciese a esa sociedad tan poco... recomendable. ¿Por qué no buscó ayudantes imparciales, gente que, pese a todo, apreciaba a Durratt, aunque algunos, injustamente, lo calificasen como hijo del demonio?

—Será mejor que se marche...

Elynor se había erguido para hablar con el representante de la ley, pero volvió a recostarse en la pared y cruzó los brazos de nuevo.

—Atrévase a echarme de aquí —le desafió.

Fox volvió a congestionarse.

—Tengo entendido que le hicieron una oferta por Claire Forest. ¿Por qué no vende? —dijo incisivamente.

—¿Le darían a usted una comisión si consiguiera persuadirme de que debo vender?

—¡Me está calumniando, señorita Wilding! ¿Sabe que eso puede costarle caro?

Impávida, Elynor movió una mano.

—Estamos solos, comisario. Su palabra contra la mía —respondió.

—Voy a pedirle una cosa, señorita. No repita a nadie lo que me ha dicho o...

Ella se echó a reír.

—¿Cree que me lo he inventado? No soy yo sola quien lo dice; estos comentarios están en boca de muchos más de los que se imagina. Pero esas personas tienen miedo y por eso prefieren callar.

Elynor se despegó de la pared y miró despectivamente al hombre que tenía frente a sí.

—Es usted un tipo despreciable, comisario. Sí, muchos tienen miedo, pero algún día, recobrarán el valor y lo arrojarán a usted como un montón de desperdicios inservibles.

Iba a marcharse, cuando de pronto, pareció recordar algo y se volvió hacia el enfurecido sujeto.

—Durratt ha muerto. Poseía unas tierras. ¿Cobrará algo usted cuando

las saquen a pública subasta?

Fox pareció a punto de ahogarse. Elynor soltó una risita y se alejó con paso mesurado, pero lleno de elegancia.

En el fondo, no se sentía satisfecha. No eran los comentarios los que harían saber la verdad a todo el mundo. La verdad oficial era la que había dicho Fox y prevalecería irresistiblemente sobre cualquier otra declaración.

* * *

Poco a poco, volvió la calma a la ciudad y los sangrientos sucesos empezaron a olvidarse. Pero algunas semanas más tarde, los recuerdos sobre Heston Durratt se reavivaron en cierto modo.

En la sala de justicia, el secretario del juzgado anunció la subasta de las tierras que habían pertenecido al difunto Durratt, embargadas para pagar impuestos atrasados. El secretario citó una cifra mínima y anunció que la subasta, presidida por el juez Markensen, quedaba abierta.

Un hombre se levantó y los ojos de todos los asistentes se volvieron hacia él. Era un sujeto alto, fornido, pero ya con unas pequeñas bolsas en los párpados y grandes entradas en las sienes. Elynor, también presente, lo estudió con gran atención.

—Señoría, ofrezco dos mil cien dólares —declaró pomposamente.

Elynor reconoció inmediatamente la tonante voz del sujeto. Era el mismo que había dicho semanas antes que el modo de matar a Durratt era lo de menos; el caso era que no llegase vivo al amanecer. No podía ser otro que Harrington Barnett, el presidente del Hunters Club.

Nadie rebasó la cifra. El mazo del juez iba a declarar adjudicada la subasta cuando, de pronto, alguien exclamó:

—Ofrezco dos mil quinientos dólares.

Fuertes rumores se extendieron por la sala. ¿Quién era el osado que rebasaba la cifra ofrecida por Barnett?

Un hombre joven, de agradable aspecto, caminó por el pasillo central hasta situarse cerca del estrado del juez.

—Señoría, deseo participar en la subasta por las tierras del difunto

Heston Durratt —declaró.

—¿Quién es usted? —tronó Barnett.

El joven se volvió y le miró fríamente.

—Eso no le importa a usted en absoluto —contestó—. ¿Señor juez, acepta mi propuesta?

—¡Tres mil dólares! —bramó Barnett.

—Tres mil quinientos —dijo el desconocido sosegadamente.

Barnett subió a cuatro mil. Impasible, el joven elevaba la cifra cada vez en quinientos dólares, en medio de la expectación general de los curiosos, que no comprendían por qué un desconocido podía tener interés en lo que muchos calificaban un mísero pedazo de tierra estéril y poco menos que inhabitable.

Cuando la puja hubo llegado a los trece mil dólares, Barnett se volvió hacia el joven.

—Usted no es residente en la ciudad. No creo que tenga derecho a tomar parte en la subasta...

—Pagaré en buenos dólares y soy ciudadano norteamericano, como usted. ¿Qué ley me impide comprar las tierras que pertenecieron a Durratt?

—Señor Barnett —intervino el juez—, el forastero tiene toda la razón, aunque este tribunal, por razones fácilmente comprensibles, desearía saber dos cosas, la primera de ellas su nombre.

El joven se inclinó respetuosamente.

—Evans, señor. Gareth Evans, y resido habitualmente en Washington, aunque, ¿quién sabe?, tal vez un día me agrade convertirme en vecino permanente de esta población.

—Muchas gracias, señor Evans, Continuemos la subasta. La última cifra está en trece mil dólares, anunciada por el señor Barnett. ¿Señor Evans?

—Trece mil quinientos, señoría —contestó el interpelado.

Barnett hizo un gesto despectivo.

—Esas tierras no valen tanto —dijo, dando a entender de que desistía

de la puja.

Giró sobre sus talones y se marchó. Elynor disfrutaba enormemente con la derrota de Barnett. Al pasar por su lado, dijo con sorna:

—Las uvas están verdes, ¿eh?

Barnett soltó un bufido. En aquel momento, el juez Markensen decía:

—La segunda pregunta que deseaba hacerle es: ¿dispone usted de la cantidad suficiente para pagar las tierras que pertenecieron al difunto Heston Durratt, señor Evans?

—En efecto, Señoría —contestó el joven gravemente, a la vez que sacaba de su bolsillo un impresionante rollo de billetes de Banco—. Y en efectivo, a fin de abreviar los trámites legales y que se me entreguen los títulos de propiedad lo antes posible.

—El secretario se encargará de todo ello y yo firmaré hoy mismo los documentos —dijo Markensen. Golpeó la mesa con el martillo y declamó—: ¡La subasta ha terminado!

—¡Despejen! —ordenó el alguacil.

Elynor salió a la calle. No sabía quién era el forastero, pero, en cierto modo, le parecía que había vengado a Durratt.

«Aunque fuese realmente el autor de la matanza, no merecía morir como una bestia dañina», mientras se disponía a subir a su coche para regresar a su casa.

* * *

Anochecía ya y Pat Cluney maldecía entre dientes, porque se le había escapado la presa que había tenido en la mira de su fusil. Estaba ya muy cerca de la ciénaga, lo que le hizo pensar en que muy pronto tendría que dar media vuelta y regresar a su casa.

Vapores pestilentes se elevaban a poca distancia del lugar en que se hallaba. De pronto, vio una sombra que se movía entre los árboles.

Cluney levantó el rifle. Entonces, oyó una voz cavernosa:

—¿Vas a matarme otra vez, Pat?

El sujeto se estremeció.

—¿Quién eres? —preguntó—. Yo sólo disparo contra los conejos, los

cerdos salvajes...

El hombre se destacó del árbol en que había estado escondido hasta entonces. Cluney se sintió invadido por un terror espantoso.

Aquel sujeto se parecía a...

—No..., no puede ser... —dijo, con sonoro entrechocar de dientes.

Todavía se veían en su cuerpo las huellas de los balazos. Hierbajos húmedos y malolientes pendían de sus sienes y de sus hombros, y las ropas aparecían chorreantes de agua y, en parte, con adherencias de limo verdoso y hediondo.

—Si, soy Durratt, el que muchos llamabais hijo del demonio. Por tanto, no puedo morir, aunque algunos lo desearan. Y he decidido volver a la tierra, para vengarme de quienes quisieron matarme. Dilo así, cuando regreses al pueblo..., y ahora, vete y deja a los animales del bosque en paz o te quedarás aquí para siempre y tu carne servirá de pasto para los gusanos y los peces.

Cluney lanzó un chillido horroroso y dio media vuelta, lanzándose inmediatamente a toda carrera hacia el pueblo. Era cierto lo que se decía de Durratt, era el hijo del demonio..., y, por tanto, ¡era el mismo demonio!

CAPITULO III

El forastero estaba tomando una copa en un bar, después de haber cenado, cuando llegó Cluney, jadeando, sin aliento y con una expresión de infinito terror en su rostro.

—¡Durratt ha vuelto! —gritó desde la puerta.

Todos los rostros se volvieron inmediatamente hacia el recién llegado. El dueño del bar, Mike Liddell, lo miró como si estuviera contemplando a un loco.

—¿Qué estás diciendo, Pat? Durratt murió hace siete semanas —exclamó—. ¿Cómo puede volver un muerto, eh?

—Yo... —Cluney se ahogaba al hablar—. Yo..., lo he visto... El me ha hablado... Dijo que iba a vengarse de quienes lo mataron...

Algunos se echaron a reír. Cluney se giró colérico hacia ellos.

—No he tomado un trago en todo el día, si es eso lo que estáis pensando —rugió-. He visto a Durratt tan bien como estoy viendo a todos vosotros y he oído su voz..., y he visto las heridas de las balas en su cuerpo... Mike, por lo que más quieras, ponme un doble...

Liddell destapó la botella y llenó un vaso. Acercándose al mostrador, Cluney agarró el vaso, contra el que tintinearon sus dientes antes de poder afirmar el pulso. Despachó el licor de un par de tragos, con ansia evidente, y luego tendió la mano para que se lo llenaran de nuevo.

—Estaba allí..., muy cerca del lugar donde lo mataron...

—Eso no es posible, Pat —dijo uno de los presentes—. Los muertos no reviven.

—A menos que no muriese —dudó otro.

—El comisario lo dio por muerto. Todos dijeron que había muerto —manifestó un tercero.

Cluney se revolvió hacia los que hacían comentarios.

—Dicen que cayó a la ciénaga, pero, ¿rescataron su cuerpo después? ¿Se molestó alguien en buscar el cadáver para darle sepultura?

Durratt podría tener muchos defectos, y aunque muchos decían que era hijo del diablo, a mí me pareció siempre una persona decente. Conozco bien aquellos parajes; el borde de la tierra firme queda a más de un metro sobre el nivel de las aguas y del fango... Hay muchas cuevas, donde antaño anidaban los aligátores... Pudo haberse refugiado allí, para curarse él solo sus heridas... Curaba a mucha gente, vosotros sabéis tan bien como todo el mundo...

Gareth Evans escuchaba discretamente, sin intervenir para nada en lo que decían los vecinos del pueblo. Algunos, en efecto, parecían convencidos de la «resurrección» de Durratt.

—Bueno, si eso es cierto, no arriendo la ganancia de alguno de los que le persiguieron como si fuese una bestia salvaje —dijo uno.

—Está muerto —insistió otro—. Alguien te gastó una broma, no le des más vueltas, Pat.

La figura de un hombre de mediana estatura, rechoncho y con el rostro brillante de sudor, se recortó en la entrada del local.

—Pat Cluney, he oído las insensateces que has dicho y no me gusta que andes por ahí contando cuentos de miedo para asustar a los niños y a las viejas —dijo Wayne Fox severamente—. Será mejor que te vayas a casa y te acuestes, ¿entendido?

Los ojos de Cluney se entornaron.

—Comisario, juro solemnemente que he visto y he hablado con Durratt todavía no hace una hora, pero ¿puede usted jurar que vio su cadáver?

Fox se atiesó.

—En el lugar en que cayó, es imposible hallar el cuerpo de un hombre —respondió.

—Usted, de todos modos, no se esforzó demasiado...

—¡Maldita sea, Cluney! —gritó el comisario descompuestamente—. Yo sé como cumplir con mi obligación y no voy a permitir que un estúpido borracho me calumnie. Vete a casa inmediatamente o te encierro en la cárcel para que duermas la borrachera, ¿está claro?

El sujeto vaciló. Evans se dio cuenta de que temía al representante de la ley. Fox no actuaba en forma debida, pero abusaba de su autoridad para imponerse a ciertas personas que sabía no protestarían

excesivamente por su actuación.

—De acuerdo, comisario, me iré a casa. Pero ¡vi a Durratt y hablé con él! —dijo Cluney como despedida final.

Sonaron algunas risitas. Cluney se marchó, mientras el comisario se aproximaba a la mesa ocupada por el forastero.

—Supongo que no hará usted caso de las habladurías de un hombre que no está bien de la cabeza —dijo.

El joven sonrió.

—Yo soy un extraño en el pueblo, aunque puede que me establezca aquí —respondió—. De todos modos, en ciertos asuntos, me considero neutral por completo.

—Entonces, no quiere opinar...

—No fui testigo de los hechos que se han mencionado aquí, hace unos momentos, comisario.

—Durratt mató a siete personas —dijo Fox ceñudamente—. ¿Qué se podía hacer en un caso semejante?

—¿Por qué no se lo consultaron al juez Markensen?

El rostro de Fox se puso del color de la púrpura. Fue a decir algo, pero pareció pensárselo mejor y, dando media vuelta, se encaminó hacia la salida con paso rápido.

A continuación, se produjo una pausa de profundo silencio. Uno de los presentes rompió el silencio, pronunciando una frase que, estimó Evans, parecía resumir el sentir general, al menos de cuantos se hallaban allí en aquellos instantes:

—¿Y si realmente Durratt no hubiera muerto?

* * *

Desde la veranda de su casa, Elynor podía ver perfectamente la calle Segunda, cuyo eje longitudinal coincidía exactamente con la transversal de su residencia. Podía apreciar perfectamente el movimiento de la gente por la mañana aunque sabía que en la calle paralela, la Primera o Mayor, el movimiento era mucho más intenso.

Dada su posición, sin embargo, la visibilidad de ésta era notablemente inferior. Sin embargo, podía ver la calle Segunda en toda su extensión

y, mientras esperaba a que su sirvienta le trajera su desayuno, se entretuvo contemplando el espectáculo de una pequeña ciudad que despertaba a la vida, con la ayuda de sus prismáticos.

De pronto, una figura conocida la víspera, entró en su campo de visión. Elynor se preguntó adónde podría dirigirse el gallardo forastero que tan sorprendentemente había sabido derrotar a Harrington Barnett.

Evans se detuvo ante la puerta de una casa situada casi en el extremo de la calle. Alguien se asomó a los pocos momentos. Evans y el hombre conversaron brevemente. Luego, el hombre volvió a meterse en la casa, para salir muy pronto, con un fusil en las manos.

Inmediatamente, los dos hombres echaron a andar. Elynor supo muy pronto adónde se dirigían y, sin saber por qué, se sintió acometida por una invencible curiosidad.

La sirvienta le trajo el desayuno en aquel momento y Elynor sorbió un poco de café y mordisqueó una galletita. De súbito, se puso en pie y corrió a su dormitorio.

Diez minutos más tarde, salía de su casa, vestida con pantalones de fuerte loneta, botas de media caña y una camisa clara, subía a su todo terreno, al que hizo arrancar de inmediato. Sus rubios cabellos quedaban ocultos por un sombrero con cinta de imitación de piel de leopardo.

Elynor conocía bien el camino y se dirigió rectamente hacia el lugar donde se imaginaba habían ido el forastero y su guía. Dirían que era una entrometida, pero tenía interés en saber qué decían sobre el asunto.

Evans y Cluney estaban detenidos en aquel momento junto al borde de la tierra firme.

—Aquí fue, señor —dijo el segundo—. Los disparos le alcanzaron algunos pasos más atrás, pero él no había muerto todavía y corrió, como si quisiera escapar de sus perseguidores. Sin embargo, le fallaron las fuerzas y cayó al agua.

—Y le dieron por muerto —musitó Evans.

—Así fue, señor —confirmó Cluney—. Pero yo le vi ayer, hablé con él...

—Si es cierto que sigue con vida, ¿en donde, a su juicio, puede

esconderse? —preguntó el joven.

—Oh, la ciénaga es enorme... Hay infinidad de sitios donde un fugitivo de la justicia podría esconderse el resto de sus días, sin que nadie fuese capaz de encontrarlo a menos que él lo quisiera. Florida se lleva la fama con sus pantanos, los Garden Cypress, pero los de Sheehyn-on-Shyne no tienen mucho que envidiarles, si he de ser sincero con usted.

Cluney no pudo seguir haciendo comentarios. El ruido del motor de un coche se oyó a poca distancia y los dos hombres se volvieron en el acto.

—¿Quién es? —preguntó Evans.

Cluney alargó el cuello.

—Ah, es la señorita Elynor, la dueña de Claire Forest —exclamó.

Elynor se apeaba en aquellos momentos del coche.

—¿Molesto? —sonrió.

Los dos hombres se descubrieron cortésmente.

—En absoluto —dijo Evans, galante—. Creo que la vi a usted ayer, en la subasta...

—Asistí a la función y me divertí enormemente con la derrota de Barnett, en efecto. —Ella alargó su mano—. Soy Elynor Wilding —se presentó—. Hola, Pat —saludó.

—¿Cómo está, señorita Elynor? —dijo el aludido, todavía con el sombrero en la mano.

La de Elynor, notó Evans al estrecharla, era fina, delicada, pero desprendía energía y fortaleza. Sonriendo, dijo:

—Creo que conoce ya mi nombre, si asistió a la subasta, señorita Wilding. Tenía interés por estos terrenos y los compré, así de sencillo.

—Bueno, yo no comprendo su interés por las tierras de Durratt, pero cada cual es libre de hacer lo que más le gusta o le conviene. —Elynor volvió sus ojos hacia Cluney—. Pat, me han dicho que viste a Durratt y que hablaste con él.

—Así es. Lo vi tan bien como les estoy viendo a ustedes y estoy dispuesto a jurarlo ante una pila de biblias, si es preciso.

—Entonces, Durratt no ha muerto.

—Yo creo que sólo le hirieron y que se escondió para curarse, señorita. No puede hacerlo en su cabaña, porque la quemaron hasta el suelo, pero en el pantano hay infinidad de sitios donde un hombre puede esconderse sin ser visto y durante el tiempo que quiera.

Los ojos de la joven se volvieron hacia el forastero.

—¿Qué opina usted, señor Evans? —consultó.

—Soy neutral —sonrió Evans—, Por lo que yo sé, Durratt consta oficialmente como muerto, pero si eso no resultase cierto...

—Perdería usted las tierras que ha comprado, ¿no?

—Antes habría que probar la existencia de Durratt y éste debería presentarse a las autoridades, para responder de sus actos.

—No lo hará —rezongó Cluney—. Volverían a lincharlo... En fin, yo ya he terminado aquí. Con el permiso de ustedes, regreso al pueblo...

Cluney se marchó con paso vivo. Evans y Elynor quedaron frente a frente.

—Tengo la impresión de que usted era muy amiga del pobre Durratt —dijo él, al cabo de unos segundos—, ¿Me equivoco?

—Es cierto —confirmó la joven—. Aunque nos veíamos de tarde en tarde, existía entre ambos una muy buena amistad. Puede imaginarse fácilmente cómo sentí su muerte, después de los horribles sucesos de aquel día.

—Un desconocido disparó contra los miembros del Hunters Club, pero, ¿fue él?

—Todos lo acusaron y, a decir verdad, tenía resentimientos con esa sociedad, aunque, en el fondo, no creo que fuesen tan grandes como para perpetrar aquella matanza. Pero, ¿quién conoce a la perfección lo que sucede en el fondo de la mente humana?

—Tiene usted razón, señorita —convino Evans—. Lo que sucedió fue espantoso y difícilmente se olvidará. Creo que usted vive en esta población...

—Desde hace tres años —respondió ella—. Señor Evans, presiento que le gustaría conocer algunos detalles de aquellos horribles acontecimientos.

—No me desagradaría, en efecto.

—¿Aceptaría usted tomar una taza de café en mi casa? —invitó Elynor.

Evans se inclinó cortésmente.

—Será un placer, señorita Wilding —aceptó.

CAPITULO IV

La sirvienta, una mujer de mediana edad, eficiente y silenciosa, sirvió el café en la veranda, desde la que se dominaba una espléndida vista, que alcanzaba hasta donde el cielo se confundía con la tierra. Evans pudo así divisar la tenue neblina amarillenta que cubría la ciénaga casi por completo y la ciudad, extendiéndose prácticamente a los pies de la colina.

—¿Qué le parece? —preguntó Elynor, después de tomar los primeros sorbos de café.

—Maravilloso. La envidio a usted, señorita —sonrió Evans.

—Tuve suerte al convertirme en la propietaria de Claire Forest —declaró la joven—. Vine aquí un buen día y creo que seguiré en este lugar durante toda mi vida.

Ella se había quitado el sombrero, dejándolo sobre una mesita contigua. Sus rubios cabellos emitían brillo de hilos de oro.

Evans contempló el sombrero. Elynor sonrió.

—Fui cazadora en África durante dos años..., cazadora fotográfica, por supuesto, aunque siempre tenía un fusil a mano, para posibles casos de apuro que, por fortuna, no se dieron nunca —explicó.

—Y luego se vino a vivir aquí.

—Sí —respondió la joven escuetamente.

Evans entendió que Elynor no quería ser más explícita de los motivos que la habían llevado a una población relativamente pequeña y no insistió sobre el particular. Elynor extendía el brazo en aquel momento, como acompañando sus palabras con el ademán:

—Mire, señor Evans —dijo—, Sheehyn-on-Shyne está dividida en dos partes, perfectamente diferenciables desde esta elevación. A su izquierda puede contemplar una población no mísera, pero tampoco demasiado floreciente. Casa de poco precio, automóviles con varios años de antigüedad... y gente, en su mayoría humilde y todavía aferrados a muy extrañas supersticiones. Abundan las familias de color, que no se han desprendido todavía de costumbres ancestrales. Los blancos son pobres, pero orgullosos, poco cultos y también dados a creer historias fantásticas.

—Como le pasa a Cluney —sonrió el joven.

—Exactamente. Vea ahora la otra parte de la ciudad —indicó Elynor —. Son las casas con amplios jardines, piscinas, dos o tres automóviles en cada familia, dinero, poder, influencia... Son las residencias de los orgullosos miembros del Hunters Club, ese grupo de gente que domina la ciudad, con su dinero y sus influencias. Poseen los dos Bancos, los negocios, las cuatro fábricas que hay en las afueras, las tierras cultivables..., y naturalmente, tienen de su parte la ley, representada por un comisario poco enérgico y acomodaticio. ¿Qué le parece el panorama?

—Pierde mucho, después de lo que me ha contado usted —respondió Evans—. ¿Pero en que bando se alineaba Durratt?

—En el de los pobres, naturalmente. Vivía en una cabaña, solitario y yo diría que hasta amargado, aunque jamás quiso explicarme los motivos de tal amargura, si es que realmente existía. Conmigo, sin embargo, se portó siempre maravillosamente y nunca podré olvidar algunos favores que me hizo.

—Eso dice mucho en su honor, señorita Wilding. Cuénteme, ¿cómo era Durratt?

—A veces, un tanto excéntrico y algo exagerado. No quería que nadie cazase en sus tierras. Antiguamente, hubo aligatores en el pantano, pero los cazadores los exterminaron todos y ya no queda ninguno. En todas partes adonde vaya usted, encontrará pieles de aligator colgadas como trofeos en las paredes. Fue una matanza horrible, aunque ya habla sucedido cuando yo llegué al pueblo. Y eso no le gustaba a Durratt.

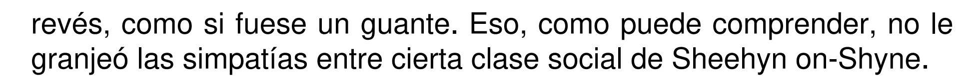
—Muchas personas le apreciaban también. ¿Es cierto?

—Sí. En la ciudad hay un par de médicos, pero ninguno de ellos mueve un dedo si no cobra por sus servicios. No hay hospital y cuando una persona enferma gravemente, tiene que ser trasladado a la capital del Estado. Durratt, en cambio, curaba gratis a todo el que se sentía enfermo. La mayor parte de las veces, con las hierbas que él mismo se procuraba y, en ocasiones, hasta por medio de la sugestión.

—Hipnosis.

Elynor hizo un gesto de duda.

—Cuando quería, sabía ser muy persuasivo, muy convincente. Hablaba de una forma que parecía le iba a volver a uno el alma del


revés, como si fuese un guante. Eso, como puede comprender, no le granjeó las simpatías entre cierta clase social de Sheehyn on-Shyne.

—Los miembros del Hunters Club —sonrió Evans.

—Esas orgullosas personas... Son descendientes, o al menos, así lo aseguran ellos, de los fundadores de la ciudad, hace más de ciento cincuenta años. Han formado una célula cerrada, en la que no entra nadie ajeno a la misma. Se casan entre ellos, negocian entre ellos... y todos los demás trabajan por y para ellos.

—Se decía que Durratt estaba muy resentido con los miembros del Hunters Club. Si eso es cierto, ¿conoce usted los motivos de tal resentimiento?

—Bien, Durratt despotricaba constantemente contra ellos, a causa de su comportamiento. Aunque tenía un rifle, sólo cazaba lo justo para alimentarse y no por distracción o por conseguir trofeos.

—Vamos, un ecólogo en potencia —dijo Evans.

—A veces, hay que reconocerlo, exageraba, en el fondo, tenía razón —contestó Elynor—. Esa gente ha estado a punto de acabar con los animales de los contornos. Además, está el hecho de que sanaba a muchos de los enfermos pobres que iban a visitarlo, lo que dio pie a la acusación de curandero... y a la de hijo del demonio, que alguien le colgó injustificadamente. Era un hombre que sabía atender y ayudar a la gente, simplemente.

—Y algunas personas no podían consentirlo, claro.

—Conmigo se portó siempre maravillosamente. Si fue el autor de la matanza, no lo apruebo, pero no por ello voy a condenarlo..., a menos que conozca con absoluta exactitud los motivos que le impulsaron a hacer una cosa semejante.

—Señorita Wilding, ¿cree usted que Durratt está vivo?.

Elynor guardó silencio unos momentos. Luego alzó la cabeza y miró fijamente a su invitado.

—No —dijo al cabo—. He hablado con dos de los que formaron parte del pelotón de persecución. Fueron obligados a ello, no pertenecían al Hunters. Ambos vieron herir a Durratt y caer luego al agua. Está muerto, señor Evans.

—Gracias, señorita Wilding. —El joven se puso en pie y sonrió—.

Creo que he abusado de su hospitalidad —añadió.

Ella se levantó también y le tendió la mano.

—Venga por aquí siempre que quiera..., a menos que alguien le persuada de que sus visitas resultan inconvenientes —dijo.

Evans retuvo un instante la mano de la muchacha.

—Nadie me ha dicho jamás a quién debo y no debo visitar y quién puede o no ser mi amigo —declaró con firmeza.

* * *

La habitación que había tomado en el hotel disponía de una pequeña terraza, con marquesina protectora, en la que, al atardecer, se hallaba disfrutando de una fresca brisa y del contenido de un vaso alto, empañado por el frío provocado por el hielo mezclado con la bebida. El hotel disponía de un excelente servicio de comedor y estaba aguardando a que lo llamasen para la cena.

De pronto, oyó golpes en la puerta.

Abandonando su cómoda postura, cruzó el dormitorio y la pequeña salita y abrió. Una figura alta, corpulenta, se recortó de inmediato en el umbral.

—¿Puedo hablar con usted? —consultó Barnett.

Evans se apartó a un lado.

—Por supuesto —accedió.

Barnett entró pisando fuerte. Evans cerró la puerta y se encaminó hacia el teléfono.

—Pediré que suban de beber para usted —sonrió.

—Gracias, no lo necesito —rechazó secamente la invitación el visitante—. No voy a estar tanto tiempo; me gusta siempre ir directamente al asunto que deseo tratar.

—Eso es estupendo. Coincidimos, señor Barnett. Pero ¿tiene que ser de pie? ¿No quiere sentarse conmigo en la veranda?

—Gracias, ya he dicho que voy a ser muy breve. Escuche, usted ha comprado las tierras de Durratt.

—Cierto, tengo los documentos en regla y anotados en el registro oficial. Ahora soy el dueño de, pongamos, cosa de unas seiscientas hectáreas de terreno.

—Pagó un precio muy bajo por algo que vale, cuando menos, cinco veces más. Escuche, le daré veinte mil dólares y usted me traspasará la propiedad de esas tierras.

—¿Por qué no ofreció esa suma en la subasta? —quiso saber el joven.

Barnett sonrió desdeñosamente.

—La subasta se hizo sobre la base de dos mil dólares, que era el débito de los impuestos que Durratt no había pagado. Si podía obtener las tierras por esa cantidad, ¿para que pagar más?

—Un razonamiento que rebosa lógica —convino Evans—. Pero también ha dicho que esas tierras valen cinco veces más de lo que yo pagué por ellas.

—Y me quedo corto, pero sería un precio justo...

—Sin embargo, sólo me ofrece veinte. Yo pagué trece quinientos. El quíntuplo de esta suma es, según mis cálculos, sesenta y siete mil quinientos dólares. ¿Aceptaría pagar esa cifra?

Barnett respingó.

—Es mucho —contestó hoscamente.

—Usted acaba de decir que es el precio justo. ¿Por qué, pues, le parece excesivo?

—Entonces ¿no quiere aceptar veinte mil? ¿Ni siquiera veinticinco mil?

Evans hizo un gesto negativo.

—No quiero vender —respondió, lacónico.

El rostro de Barnett se hinchó. Sus labios se contrajeron y pareció como si su cabeza fuese a explotar. Era un claro acceso de cólera, pero, con cierto alivio por parte de Evans, logró contenerse.

—Está bien, quédese con esas tierras..., pero márchese de la ciudad —dijo al cabo.

—¿Cómo? ¿Me expulsa usted? —se asombró el joven.

Barnett se encaminó hacia la puerta.

—Ya he dicho bastante —gruñó.

—Pero yo no lo he oído.

Hubo un momento de silencio. Separados por una distancia de cinco o seis metros, los dos hombres se contemplaban recíprocamente, como si midieran con la vista las fuerzas respectivas.

Evans fue el primero en hablar.

—Señor Barnett, ¿es cierto que Durratt está muerto?

El portazo que siguió a aquellas palabras hizo retemblar las paredes. Evans sonrió primero, pero luego se puso muy serio.

Preveía graves complicaciones.

Aunque, se dijo, las complicaciones habían empezado no ya cuando la matanza en el Hunters Club, sino en el momento en que alguien decidió que Heston Durratt era el culpable y debía ser borrado de la faz de la tierra.

Poco después, lo avisaron para la cena. Al entrar en el comedor, vio un rostro conocido.

El hombre era de buena estatura y andaba por los cuarenta y cinco años. Vestía con cierta sobriedad, debida más bien, estimó Evans, a escasez de numerario que una pretendida elegante sencillez indumentaria.

Acercándose a la mesa donde cenaba el sujeto, apoyó ambas manos en ella y le dirigió una ancha sonrisa.

—Es una agradable sorpresa verte por aquí, Ryman Bates —dijo—. ¿Qué haces en Sheehyn-on-Shyne?

El sujeto alzó los ojos para devolver la mirada.

—Estoy de paso —respondió—. ¿Es algo malo?

—No para mí, sino, tal vez, para algún «primo», Ryman.

—Sólo estoy de paso, insisto. No he venido a trabajar, como piensas.

—En tal caso, lo celebro infinito.

—¿Me harías algo, si decidiera quedarme?

—Por supuesto que no. He dimitido.

Las cejas de Bates se levantaron.

—Menuda sorpresa —murmuró.

—Sí, una sorpresa.

—Pero tal vez lo simulas...

—¿Quieres que te enseñe la carta en que admiten mi dimisión?

—¿Para qué? Podría ser tan simulada como tu dimisión. No, gracias, Gareth Evans. Y ahora, ¿me permites seguir disfrutando de la cena?

Evans se enderezó.

—Que te haga buen provecho —deseó—. Ah, y una cosa, Ryman: no diré nada a! comisario.

—No tengo nada malo de qué responder. Adiós —contestó el otro fríamente.

A Evans se le antojaba sumamente extraña la presencia de Bates en Sheehyn-on-Shyne, pero era un tema que dejó de preocuparle muy pronto. Había otros asuntos mucho más importantes en los que pensar.

¿Había sido realmente Durratt el autor de la matanza?

¿Estaba verdaderamente muerto?

—Acabaré por saberlo —se propuso firmemente.

* * *

El matrimonio dormía apaciblemente, cuando, de pronto, sonaron unos golpes en la puerta de la casa. La señora Medwill se incorporó parcialmente en el lecho.

—¿Quién puede llamar a estas horas? —dijo, con voz soñolienta.

Su esposo se agitó inquieto, maldiciendo al importuno que venía a despertarles, según pudo comprobar al consultar el reloj de sobremesa, nada menos que a las tres de la madrugada.

—¿Esperabas a alguien, Roy? —preguntó la señora Medwill.

—¿A quién demonios iba a esperar a semejantes horas de la noche? —rezongó el marido, mientras empezaba a calzarse las zapatillas—. ¡Ya, va, ya va, maldita sea! —exclamó, al oír que se repetían los golpes en la puerta.

Mientras se anudaba el cordón de la bata, inició el descenso a la planta baja de la casa. Su esposa, al cabo de unos segundos, decidió ver también al indiscreto visitante.

Medwill abrió la puerta. Inmediatamente, una hedionda tufarada que le recordaba cierto paraje de la comarca, le golpeó el rostro.

Con ojos desorbitados, contempló al hombre que se hallaba en el umbral, de rostro cadavérico y ojos muy abiertos, semidesnudo y con señales de balazos en el torso descubierto. Algas de agua dulce y hierbajos húmedos pendían de su cabeza y sus hombros, y en los pantalones raídos había manchas de limo verdoso y amarillento.

—¿Me reconoces, Roy Medwill? —preguntó el visitante.

Medwill ahogó un grito de terror.

—No..., no puede ser..., tú estás muerto...

Se oyó una carcajada. Parecía emitida por alguien recién salido de la tumba.

—Sí, soy yo..., el hijo del demonio, aquel a quien querías matar, como todos los demás... Pero he vuelto del más allá para vengarme...

Medwill estaba paralizado por el terror. A mitad de la escalera, su esposa presenció la escena y emitió un grito inarticulado.

—No..., espera... —dijo Medwill entrecortadamente—. Te explicaré... Yo estaba allí, pero no hice nada...

El visitante volvió a reír.

—Puesto que me llamabais hijo del demonio, mi padre tendrá mucho gusto en recibirte hoy en sus dominios —exclamó ominosamente.

Algo brilló en su mano derecha, en la que se veían adheridas algunas hebras verdosas. El cuchillo trazó un relámpago en el aire. Medwill sintió en el cuello un agudísimo dolor y se llevó las manos instintivamente para contener la hemorragia.

Pero era útil. Tenía la garganta abierta de oreja a oreja.

Pataleando espantosamente, cayó al suelo, mientras su esposa chillaba como una loca, sin atreverse a mover un solo pie para acudir en socorro del caído. Tranquilamente, el visitante giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad de la noche.

CAPITULO V

Evans conoció la noticia a la mañana siguiente, a la hora del desayuno. La muerte de Roy Medwill, presuntamente a manos de Durratt, era la comidilla del pueblo.

El comisario y sus ayudantes, aturdidos, iban de un lado para otro, sin saber qué hacer. El ayudante Stimson, sin embargo, que fue el primero en acudir a la escena del crimen, había encontrado algunos rastros que le permitieron deducir el nombre del culpable.

—Tuvo que ser Durratt, no cabe duda... Aún había huellas mojadas en el suelo, rastros de limo y plantas acuáticas... Olía a pantano, eso puedo jurarlo ante quien sea...

Evans se sintió preocupado. ¿Era posible que un hombre como Durratt, si había sido realmente el autor del asesinato de Medwill, dejase semejantes rastros?

¿No parecía más lógico, se preguntó, que tratara de borrar cualquier huella que pudiera relacionarle con el crimen?

Cuando salió del hotel, vio un grupo de gente parada ante la oficina del comisario.

—Quiero organizar una batida por Swamp Woods —declaró Fox—. Es seguro que Durratt sobrevivió y que se esconde en alguna parte. Anoche salió de su escondite, para asesinar a Medwill esta madrugada. Necesito voluntarios para que colaboren en la búsqueda...

—Wayne, ¿no te pagan por hacer eso que pides a los demás? —preguntó un crítico.

—El pantano es muy grande —se defendió el comisario—. Se necesitarían, cien hombres al menos, para encontrar a Durratt pero, claro, he de conformarme con muchos menos.

—Si Durratt está vivo, ¿no crees que se defenderá? —preguntó otro.

—Sólo tiene un cuchillo —declaró Fox.

—¿Cómo lo sabes, Wayne?

—Su rifle está aquí, en mi oficina. El huyó sólo con el cuchillo, que le

sirvió para matar a tres perros...

—Es bastante para mí —dijo alguien—. Decapitó a uno de los perros de un solo tajo. A Medwill casi le cortó la cabeza.

—Un cuchillo no sirve para nada contra las armas de fuego...

—¿Cuánto pagas, Wayne? —preguntó uno de los curiosos.

—Quince dólares por día, los gastos y una prima de dos mil para el que encuentre a Durratt —sonó de pronto la voz de Barnett—, Van por mi cuenta, amigos.

Algunos de los hombres dudaron. Tres o cuatro se adelantaron por fin.

—Cuente conmigo, comisario —dijeron sucesivamente.

—Está bien. Yo iré con ustedes, más un par de ayudantes. Ustedes quedan nombrados delegados a todos los efectos, para ejercer la justicia. Gracias, señor Barnett —dijo Fox.

—Mi interés es que vuelvan la paz y la tranquilidad a la población —declaró el aludido orgullosamente—, Wayne, tome nota de los voluntarios, para pagarles lo ofrecido.

—Sí, señor —respondió el comisario con acento obsequioso.

Evans ya no quiso escuchar más. Discretamente, se separó del grupo y se encaminó hacia la casa de un conocido.

—Hola, Pat —saludó, cuando Cluney hubo abierto la puerta—. ¿Se ha enterado de la noticia?

Cluney asintió.

—Entre. Tomaremos un trago —invitó.

—Gracias, pero es demasiado pronto para mí. Fox está organizando una partida para batir Swamp Woods.

—¿Quiere encontrar a Durratt, eh?

Cluney escupió a un lado.

—No darán con él, ni aunque estén buscándolo cien años seguidos —respondió desdeñosamente.

—Si fuésemos usted y yo solos, separados de los demás, ¿daríamos con él?

—Lo siento, amigo.

—No quiere acompañarme, ¿eh?

—Verá... He pensado mucho y es posible que Durratt siga con vida. Pero pienso que él no pudo cometer la matanza el día de la fiesta.

Evans respingó.

—¿Qué le hace pensar una cosa así? —inquirió.

Con gesto dramático, Cluney se puso una mano en el pecho.

—Lo presiento, simplemente —dijo—. Es cierto que Durratt odiaba a los miembros del Hunters, e incluso habría roto la nariz a puñetazos a más de uno, pero jamás habría llegado al extremo de disparar indiscriminadamente, sin mirar siquiera a quién iban destinadas las balas. Murieron dos mujeres. El no era capaz de una cosa semejante, se lo aseguro.

—¿Pudo hacerlo otro por él?

—Lo ignoro. Sólo le cuento mis impresiones, no puedo apoyarme en hechos. Pero me gustaría que saliera bien de este asunto. Una vez curó a mi mujer, cuando los dos malditos médicos del pueblo se negaron, porque no podía pagarles unos honorarios exorbitantes. Durratt lo hizo gratis y mi esposa ya no ha vuelto a padecer más de la enfermedad que la atormentó durante varios años. Así que ojalá no le encuentren jamás, ¿comprende?

Evans sonrió.

—Gracias, Pat.

Deslizó un billete en la mano del sujeto y añadió:

—Tómese un trago a la salud de Durratt —se despidió.

—Tiene un aviso, señor —dijo el recepcionista, cuando Evans, regresó al hotel. Le entregó un papel—. Han dejado este número con el encargo de que llame en cuanto le sea posible.

—Muchas gracias —contestó el joven.

Levantó el teléfono. A los pocos instantes oyó una voz conocida:

—Soy Elynor. ¿Puede venir a verme? No pronuncie mi nombre, por favor.

—Sí, desde luego, con mucho gusto.

Evans ya no dijo nada más. Dirigió una sonrisa al recepcionista y salió a la calle.

El coche se hallaba en el estacionamiento del hotel. Minutos más tarde, se detenía ante la veranda de la casa. Elynor aguardaba allí, sencillamente vestida, con un gesto preocupado en su hermoso rostro.

—Debe de haber pensado algo malo de mí, al recibir mi llamada —dijo tras los primeros saludos.

—Nada de eso —contestó él—. ¿Le ocurre algo?

—A mí, particularmente, no. Se trata de Durratt..., pero, ¿no quiere sentarse? Pediré a la sirvienta que nos traiga algo para beber.

—Hace calor —sonrió Evans—, ¿Cerveza?

—Sí, desde luego.

La mujer vino a los pocos momentos y se retiró muy pronto.

—No ha dicho una palabra —se extrañó Evans.

—Es muda, aunque oye perfectamente. Sin embargo, aunque pudiera hablar sería igual de discreta.

—No entiendo...

—Cuando vine a vivir aquí, contraté otra sirvienta. Era chismosa; no podía freír ni siquiera un huevo, sin que inmediatamente lo supiera toda la ciudad. Yo me enteré mucho después, cuando ocurrió algo que me interesaba guardar el secreto.

—Entonces, no le preguntaré qué fue —dijo él.

—Quizá se lo diga algún día, pero, mientras, debe saber que Durratt me ayudó muchísimo. ¿Sabía usted que tenía el titulo de doctor en medicina? No simplemente graduado, sino que había hecho el doctorado con las más brillantes calificaciones.

—Asombroso —murmuró Evans.

—Le sucedió algo que nunca quiso mencionar y que le hizo venir a Sheehyn-on-Shyne, pero no precisamente para establecer un consultorio o una pequeña clínica. Nunca lo dijo y yo no se lo pregunté tampoco.

—Era, parece, un hombre muy reservado.

—Hasta cierto punto. En ocasiones resultaba alegre, buen conversador, hacía que una viera la vida con ojos llenos de optimismo. Estudió las plantas y realizaba curaciones asombrosas, pero también, como es lógico, utilizando los conocimientos adquiridos cuando ejercía realmente la medicina.

—Usted, parece, llegó a apreciarle.

—Le quería..., como a un buen amigo, no de otra forma —se ruborizó Elynor—. Algunos, sin embargo, llegaron a suponer cosas que no eran ciertas y murmuraban de nuestra amistad. Durratt era hombre comprensivo y discreto y por eso, en los últimos tiempos, había dejado de visitarme.

—Comprendo. Elynor, ¿sabe lo que ha sucedido esta noche?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Horrible, ¿no?

—La señora Medwill acusa a Durratt. Estaba presente cuando el asesino cortó el cuello a su víctima.

—¿Pudo identificarlo?

—Parece que se hallaba solamente a unos pasos de distancia, en la escalera que da al primer piso, pero relativamente cerca del vestíbulo. El asesino estaba semidesnudo y tenía hierbas acuáticas sobre su torso, algunas de las cuales han sido halladas en el umbral. La señora Medwill percibió un hedor horrible y el ayudante del comisario que acudió en seguida, dice que es el olor propio de Swamp Woods.

Elynor se cogió la cabeza con las manos.

—Durratt recibió, al menos, media docena de balazos, según he oído decir. ¿Puede un hombre sobrevivir en estas condiciones?

—Si las balas no han interesado ningún órgano vital, desde luego.

—Pero tuvo que perder mucha sangre.

—Cayó al agua y la frialdad del líquido cortó la hemorragia, en buena parte.

—Es posible que sea cierto —admitió Elynor—. De todos modos, yo no lo creo capaz de tomar una venganza tan horrible.

—Es curioso. No hace mucho, otra persona me ha dicho algo muy parecido. Pat Cluney, para ser más exactos.

—Cluney también lo apreciaba mucho —dijo la joven—. Cuando su esposa...

—Lo sé. Los médicos de la población le pedían mucho dinero y él no podía pagarles.

Elynor entornó los ojos.

—No sé cómo esos dos desalmados se atreven a llamarse médicos —dijo—. Avaros ambos, codiciosos..., pero serviles con los miembros del Hunters...

—¿Los conoce usted?

—Por desgracia, demasiado. Son dos hermanos, Brian y Néstor Clayton. No se le ocurra ponerse enfermo, si no tiene la bolsa bien repleta.

—Lo tendré en cuenta, Elynor. ¿Fueron ellos quienes atendieron a las víctimas de la matanza?

—Sí, claro. Además, en su calidad de forenses, hicieron la autopsia a los muertos. Claro que, según he oído, se limitaron a firmar sendos certificados. Y los cobraron bien caros al municipio.

—Vaya pareja de cuervos —rezongó el joven.

—Acaba usted de adivinar el apodo que les han dado —rió Elynor—. Les llaman «Los Cuervos». Brian es alto y robusto, aunque bastante delgado. Es «Cuervo Grande». Néstor es bajito y más bien canijo.

—«Cuervo Chico» —dijo Evans—. Cae por su peso y... ¿Puedo hacerle una pregunta, Elynor?

—Espero poder contestarla, Gareth.

—¿Vio usted la matanza?

—Si. Oí el primer tiro y usé los prismáticos que puede ver ahí, sobre la mesita. Soy un poco curiosa y a veces me entretengo mirando lo que pasa en la población.

—Es sólo un pecado menor —calificó Evans, a la vez que se apoderaba de los binoculares—. Elynor, ¿pudo ver al tirador?

—No, aunque sí las nubecillas de humo de sus disparos, muy tenues, desde luego.

—Por favor, ¿quiere indicarme desde dónde hacía Durratt los disparos?

Ella se puso en pie, para acercarse al borde de la veranda.

—Mire la loma que está sobre el jardín del Hunters Club. Hay varios árboles en la ladera... ¿Ve el olmo más grande?

—Sí, desde luego. ¿Estaba apostado allí?

—En efecto?

Evans estudió el panorama durante unos momentos. Luego devolvió los prismáticos a su dueña.

—Muchas gracias, Elynor.

Ella sonrió levemente. Era, apreció Evans, una muchacha muy esbelta, de rostro lleno de atractivos, enmarcado por la cabellera rubia, cuidadosamente peinada. Se apreciaba en seguida que era dulce y sensitiva, pero también enérgica y resuelta si se presentaba la ocasión.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en el pueblo, Gareth? —preguntó la joven.

—Quiero estudiar a fondo mis tierras y ver si puedo hacerlas productivas.

—El pantano está demasiado cerca...

—Hay cultivos apropiados para cada clase de terreno.

—Sí, claro.

—Elynor, ¿sabe que Fox ha organizado una partida para buscar a Durratt?

—No lo encontrarán, Gareth.

—Cluney dice lo mismo. Adiós, Elynor.

—Venga a verme cuando quiera, mientras siga en Sheehyn-on-Shyne.

—Si, desde luego.

—A menos que le cuenten cosas de mí que le hagan variar de opinión.

—Yo formulo mis opiniones siempre sin dejarme influir por personas más o menos interesadas en hacerme creer otras cosas.

Elynor aprobó con un ligero parpadeo.

—Hace bien, Gareth —dijo.

CAPITULO VI

Con ojos críticos, estudió el enorme olmo que se hallaba situado a cierta distancia de los jardines del Hunters Club. La horquilla de las ramas principales se hallaba a unos dos metros y medio del suelo.

Era fácil trepar al árbol, agarrándose simplemente a una de las ramas. Allí se había apostado el tirador, que había disparado dos docenas de cartuchos, al menos. Tenía una magnífica puntería, no cabía duda alguna.

Empezó a buscar por los alrededores. No tardó en encontrar un objeto que aún brillaba en parte. Acuclillado, examinó la vaina vacía del cartucho. Estaba algo oxidada, pero resultaba evidente que la bala que había contenido había causado una víctima.

La vaina saltó varias veces en la palma de su mano. Al cabo de unos momentos, se puso en pie.

De repente, se oyó una voz destemplada a poca distancia:

—¡Eh, usted! ¿Qué demonios hace ahí?

Evans se volvió en el acto. Un hombre, con uniforme y una placa en la pechera de la camisa, lo miraba hoscamente, a la vez que mantenía la mano sobre la culata del revólver que pendía de su cinturón.

—Estaba dando un paseo —sonrió Evans—. ¿Es pecado en esta ciudad?

—Usted es forastero...

—Ya no; poseo tierras.

—Ah, el hombre que compró la propiedad de Durratt.

—En efecto. Me llamo Evans.

—Soy el ayudante Mayne. Será mejor que se vaya, amigo.

—¿Adónde? —preguntó el joven, fingiendo ingenuidad.

—A cualquier parte, pero lejos de aquí.

—Este lugar es libre...

—Son terrenos que pertenecen al Hunters Club, aunque ahora no los utilizan. Ahora ya lo sabe, de modo que... —Mayne chasqueó los dedos significativamente.

—Muy bien, me iré ahora mismo. Ah, no deje de informar a su jefe.

—Siempre lo hago, señor.

—Es usted un fiel cumplidor de su deber, ayudante Mayne. Lo felicito —dijo Evans con sarcasmo que pasó desapercibido para el policía.

Descendió la pendiente oblicuamente y buscó una de las entradas de la población. En el bar de Liddell preguntó por la casa donde vivían los médicos.

—¿Cuál de los dos? —quiso saber el dueño del local.

—¿Viven en casas separadas?

—Eso es lo raro. Son muy distintos físicamente, pero las malas lenguas dicen que parecen siameses —rió Liddell.

—También les han colocado otro apodo, ¿verdad?

—No lo pronuncie delante de ninguno de los dos. Serían capaces de sacarle los ojos.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Mike.

Liddell le dio instrucciones para encontrar la casa de Brian Clayton, el más cercano al bar, y el joven se dirigió allí sin pérdida de tiempo.

La atmósfera era densa, opresiva. Los automóviles circulaban en silencio y la gente se movía rápidamente, sin mirar a nadie.

«Reina el miedo», pensó.

¿Miedo por Durratt?

¿O por otro motivo?

Había muchos enigmas en aquella pequeña localidad que no contaba con más de dos mil habitantes. ¿Qué era lo que sucedía realmente?

—Acabaré por saberlo —se propuso con firmeza.

* * *

La puerta se abrió. Una doncella de color lo miró con curiosidad.

—Señor...

Evans le entregó la tarjeta de visita.

—Deseo ver al doctor —manifestó.

—Muy bien, iré a avisarlo ahora mismo —contestó la sirvienta—. Pase y siéntese, por favor.

—Gracias.

La doncella volvió a los pocos momentos.

—El doctor lo recibirá ahora mismo, señor.

Evans hizo un gesto de gratitud y siguió a la sirvienta, hasta la puerta de un gabinete de trabajo, que abrió para que el pudiera entrar. Había un hombre sentado tras una mesa, con un grueso libro delante, y se puso en pie al verlo entrar.

—Soy el doctor Clayton —dijo—. ¿En qué puedo servirle, señor Evans?

El joven estudió unos instantes al dueño de la casa. Era, ciertamente alto y robusto, pero más bien delgado. «Todo músculos, aunque no los ejercita demasiado», pensó.

—Doctor, desearía formularle algunas preguntas sobre lo que sucedió el día de la matanza, ya sabe a qué me refiero.

Clayton lo miró con no disimulada hostilidad.

—¿Por qué quiere saber detalles de lo ocurrido? ¿No ha leído los periódicos? ¿No oye la radio ni ve la televisión?

—Son preguntas acerca de datos que no han sido divulgados, por ejemplo, los referentes a la autopsia de los cadáveres.

—Eso es algo que salta a la vista. Todos murieron a consecuencia de heridas causadas por armas de fuego —contestó Clayton en tono doctoral.

—Sí, lo sé, pero, dígame, por favor, ¿de qué calibre eran las balas que extrajo de las heridas, tanto de los vivos como de los muertos?

—Todas las balas eran de calibre 30 30, procedentes de un Winchester propiedad del asesino.

—¿Podría enseñarme algunos de esos proyectiles, doctor?

—Se los entregué todos al comisario. Pídaselos a él.

—Así lo haré, doctor. Muchas gracias.

—Un momento, señor Evans.

El joven se disponía ya a retirarse y se volvió hacia el galeno.

—¿Sí?

—Antes le pregunté qué interés tenía usted en ese horrible suceso. Todavía no me ha contestado.

—He comprado unos terrenos. Por tanto, soy vecino de la población y, supongo, con cierto derecho a estar enterado de lo sucedido en aquella infausta fecha.

Clayton no dijo nada más. Parecía muy preocupado, pensó el joven, mientras salía del despacho.

El comisario había salido a dar una batida por el pantano. Hablaría con él a su regreso.

Cuando se encaminaba hacia el hotel, se cruzó con una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años quien, de súbito, volvió sobre sus pasos y se lo quedó mirando fijamente.

— Usted es Evans, el comprador de las tierras que pertenecieron a Durratt —dijo.

—Tengo ese honor, en efecto, señora. ¿Puedo serle útil en algo?

—Soy Maud Ingalls. —Ella le miró de la cabeza a los pies—. Poseo un establecimiento de recreo al final de la calle Cuarta, el Silver Eagle. Me gustaría que viniera a conocerlo en algún momento. Abrimos a partir de las siete de la tarde, hasta que ya no queda un-solo cliente, aunque eso suceda a las seis de la mañana.

—Una hora poco habitual para cerrar un local, señora Ingalls. ¿No se queja el comisario?

Maud soltó una risita. Era alta, de formas ampulosas, con el pelo de color rojo y los ojos verdosos. Había sabiduría, pero también astucia, en su atractivo rostro.

—El comisario es uno de mis más apreciados clientes —respondió—.

Buenas tardes, señor Evans.

—Buenas tardes, señora Ingalls.

La mujer se alejó. Otras dos venían en sentido contrario y volvieron la cara despectivamente, como si se sintieran ofendidas al cruzarse con ella.

Evans se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo.

—El Silver Eagle —murmuró—. Es fácil imaginarse la clase de negocio de ese local.

Continuando su camino, se le ocurrió de repente una idea.

Al llegar al hotel, se acercó a la recepción.

—¿Puede indicarme el número de la habitación del señor Bates? —solicitó.

—Lo siento, señor —respondió el recepcionista—. El señor Bates canceló anoche su cuenta. Se ha marchado, aun que no dijo adónde se dirigía.

Evans se sorprendió al conocer la noticia.

—¡Qué raro! Pensé que estaría más tiempo en el pueblo... Gracias, de todos modos.

—A su disposición, señor —dijo el recepcionista amablemente.

* * *

Los hombres llegaban exhaustos, agotados, sucios, oliendo a fango y hierbas podridas. Tras algunos comentarios, empezaron a dispersarse. Fox entró en su oficina y dejó el rifle en el armero.

Evans entró detrás de él.

—Comisario...

Fox se volvió en el acto.

—¿Sí?

—Deseo hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Ahora no, por favor. Estoy muy cansado.

—Me lo imagino, pero voy a ser muy breve. Tengo entendido que Durratt utilizó un Winchester calibre 30 30.

—Así es. Encontré el arma en su cabaña...

—El doctor Clayton me ha dicho que le entregó los proyectiles extraídos de los cuerpos de las víctimas.

—Efectivamente, así sucedió.

—¿Qué ha hecho de esas balas? Me gustaría examinar algunas...

—Se comprobó que habían sido disparadas por el rifle de Durratt.

—¿Cómo lo hicieron? —se extrañó Evans—. No es por ofenderlo, comisario, pero este centro de policía parece muy modesto, sin instrumentos que permitan hacer la comparación balística...

—Se encargó el doctor Clayton. Tiene medios suficientes.

—Un microscopio.

—Sí, un microscopio.

—Bien, ¿no puede enseñarme alguno de esos proyectiles?

—No, lo siento.

—¿No quiere?

—Es que ya no los tengo en la oficina. Una vez se comprobó habían sido disparados por el rifle de Durratt, fueron arrojados a la basura. Ya no servían para nada, como puede comprender.

—Eso podría admitirse, si Durratt hubiese muerto. Pero si está vivo y usted consigue capturarlo, tendrá que presentar ciertas pruebas ante un tribunal. ¿Cómo lo hará, si carece de ellas?

—No creo que eso sea de su incumbencia, señor —contestó Fox, muy sofocado.

—Comisario, he comprado unas tierras en Sheehyn-on-Shyne. Aunque no me quede a vivir aquí permanentemente, pagaré los impuestos, lo cual significa que me he convertido en contribuyente de esta población. Entienda lo que quiere decir y si respeto su autoridad, usted debe tener en cuenta que soy un ciudadano al que está obligado a servir por su cargo —recitó el joven de-una tirada.

Fox enrojeció más todavía.

—Conozco perfectamente mis obligaciones —dijo—, ¿Algo más?

— Sí. ¿Tiró también a la basura el rifle de Durratt?

El comisario se volvió hacia uno de sus ayudantes, que escuchaba en silencio a pocos pasos de distancia.

—Stimson, enséñele al caballero el rifle de Durratt. Yo me voy a casa; estoy muerto de cansancio.

—Sí, jefe —respondió el ayudante.

Fox se marchó. Evans tuvo el rifle en sus manos a los pocos momentos.

Durante un par de minutos, estudió el arma. Luego sacó una libretita y anotó el número y la serie de fabricación. Luego la devolvió al ayudante con una sonrisa.

—Muchas gracias, amigo Stimson.

—Eddie es mi nombre, señor Evans —dijo el policía.

—Buenas noches, Eddie.

El joven iba a salir ya cuando, de pronto, se volvió hacia el sujeto.

—Eddie, ¿está muerto Durratt?

—Yo diría que sí, señor. He hablado con algunos de los que lo persiguieron y todos coinciden en afirmar que es imposible que se haya salvado.

—Entonces, ¿por qué quieren buscarlo, si está muerto?

—Algunos tienen miedo, señor.

—Miedo... ¿de qué?

Stimson hizo un gesto ambiguo.

—Si perdiera este empleo, no encontraría otro —respondió.

El ayudante también tenía miedo, pero era de otra clase. No era el mismo miedo que atenazaba a quienes creían que Durratt seguía con vida.

—Comprendo, Eddie. Repito las gracias —dijo.

—Buenas noches, señor Evans.

El joven salió a la calle y levantó la vista hacia las estrellas. ¿Dónde estaba la solución de aquel terrible enigma?

Una de las estrellas parpadeó de pronto y le pareció que le hacia guiños de burla.

Casi se enfureció.

—Encontraré la solución —dijo a media voz.

Luego se echó a reír de aquel arranque infantil. No debía dejarse llevar por los impulsos; era preciso actuar en todo momento con la cabeza muy fría, evitando en todo momento acciones meramente instintivas o irreflexivas.

CAPITULO VII

En mitad de la noche sonaron unos fuertes golpes en la puerta de la casa. Chad Griff se sentó en el lecho y escuchó atentamente.

Estaba solo en la casa. Su esposa había ido de viaje a visitar a su madre, que vivía con una hermana, a trescientos kilómetros. Volvería dentro de un par de días, pero, mientras tanto, se arreglaba con la asistenta que venía todas las mañanas.

Los golpes se repitieron. Griff saltó de la cama y agarró el revólver que guardaba en uno de los cajones de la consola que había en el dormitorio.

Al salir al rellano del primer piso, consultó su reloj de pulsera. Las tres de la madrugada. ¿Quién diablos venía a despertarle a una hora tan desacostumbrada?

Lentamente, descendió a la planta baja y, cauteloso, encendió las luces del porche.

—¿Quién es? —preguntó, al llegar junto a la puerta.

No obtuvo respuesta, Al cabo de unos segundos, se decidió y abrió de golpe, pero quedándose a un lado de la entrada, con el pulgar apoyado en el percutor del arma.

Inmediatamente, un horrible hedor asaltó su pituitaria. Vio manchas húmedas en la tablazón de la veranda y algunas tiras de vegetales, verdosas y repulsivas.

Había también huellas de pisadas húmedas en el suelo, que se perdían hacia el sendero enarenado que conducía a la casa, a través del jardín que la rodeaba. El hombre, quien quiera que fuese, había estado allí y se había marchado.

Griff respiró aliviado. Al volverse, vio un papel sujeto con una chincheta a la madera de la puerta.

Había manchas de humedad en el papel. En algunos puntos, se había corrido la tinta del tétrico mensaje que, pese a todo, resultaba perfectamente legible:

«Medwill ha muerto. Prepárate, Chad Griff; tú serás el siguiente.

»H. D.»

Griff se sintió acometido instantáneamente por un violento acceso de furia. Arrancó el papel con la mano izquierda y lo levantó con gestos convulsivos.

—¡Heston Durratt! —gritó—. ¡Ven a buscarme cuando quieras!

Disparó dos o tres tiros seguidos. Las detonaciones resonaron fuertemente en el silencio de la noche.

—¡No te tengo miedo! ¿Me oyes? Sé que estás escondido por ahí. Sal y da la cara, si eres hombre, miserable bastardo.

Griff terminó de vaciar el revólver, disparando contra los macizos de flores más cercanos, con la vana esperanza de alcanzar al autor del mensaje. Cuando notó que el percutor golpeaba una cápsula ya consumida, se volvió, entró en la casa y agarró una botella.

Los disparos y los gritos habían originado un escándalo más que considerable. Pronto empezaron a llegar personas que vivían en la vecindad. El comisario Fox, soñoliento y malhumorado, acudió también a enterarse de lo sucedido.

* * *

Elynor salió a la veranda de su casa y se sorprendió al ver a Evans sentado en uno de sus escalones. Había un pequeño surtidor a pocos pasos y el joven parecía divertirse tirando piedrecitas contra el ligero chorro de agua que surgía de la parte superior.

—¡Gareth! ¿Qué hace aquí? —exclamó la joven.

Evans se puso en pie.

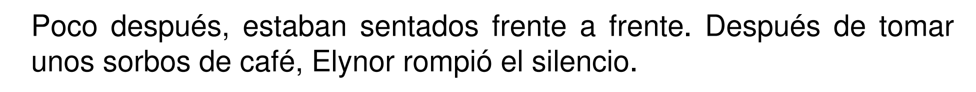
—Se me ocurrió que quizá usted me invitaría a desayunar, si es que no lo ha hecho ya.

Ella sonrió suavemente.

—Aunque hubiera desayunado, cosa que no ha sucedido, también lo invitaría. Suelo hacerlo aquí, en la veranda. ¿Me permite que vaya a indicar a Sara, la sirvienta, que ponga dos cubiertos?

El joven hizo un amplio ademán con el brazo.

—Soy su humilde servidor —contestó.


Poco después, estaban sentados frente a frente. Después de tomar unos sorbos de café, Elynor rompió el silencio.

—Gareth, me parece que ha venido aquí para algo más que desayunar en mi compañía —dijo.

—Cierto —admitió él—. ¿Sabe lo que ha sucedido esta noche?

—No, no tengo la menor idea. —Ella se estremeció—. ¿Otro crimen?

—Por fortuna, no, aunque sí el aviso de una muerte.

—Me da escalofríos... ¿Qué es lo que ha sucedido, exactamente?

—¡Cómo! ¿No ha oído los disparos? —se asombró Evans.

—Confieso que he dormido como un tronco —sonrió la joven—. ¿A qué disparos se refiere?

—Alguien dejó una nota amenazadora en la puerta de un tal Chad Griff, diciéndole que él será el siguiente, después de haber mencionado a Medwill. Griff se enfureció y empezó a tiros, aunque no veía a nadie, ya que, por lo visto, creía que el autor de la amenaza estaba observándole en las inmediaciones. Encontraron manchas húmedas y restos de plantas acuáticas en el porche de la casa, y el papel del mensaje también tenía manchas de humedad en algunos sitios.

—Un anónimo —dijo Elynor, atónita.

—Estaba firmado con dos iniciales: H.D. —puntualizó el joven.

—¿Es posible, Gareth?

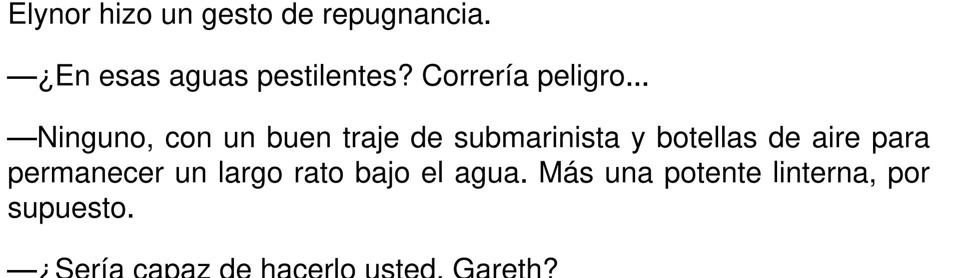
—A mí me despertó el escándalo consiguiente. Me vestí, fui a ver lo que sucedía... Después ya no pude pegar ojo y entonces decidí venir a pedirle que me diera de desayunar.

—Me parece algo inconcebible. Esas iniciales son las de Heston Durratt. Pero..., ¿está vivo?

—Hay un modo de averiguarlo definitivamente, Elynor.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Sumergiéndose en el pantano, en el lugar donde cayó al recibir los últimos disparos.



Elynor hizo un gesto de repugnancia.

—¿En esas aguas pestilentes? Correría peligro...

—Ninguno, con un buen traje de submarinista y botellas de aire para permanecer un largo rato bajo el agua. Más una potente linterna, por supuesto.

—¿Sería capaz de hacerlo usted, Gareth?

—Tendré que hacerlo, si quiero confirmar la muerte de Durratt..., o su «resurrección» —contestó Evans firmemente.

—Pero aquí, en el pueblo, no hay escafandras... Estamos a cientos de kilómetros de la costa... La gente o se baña en las piscinas o en el río Shyne, más arriba de los límites del pantano, en lugares donde las aguas están claras y limpias. Usted sabe que es el Shyne el que alimenta Swamp Woods, me imagino.

—Sí, lo sé. Pero este pueblo «disfruta» de un comisario del que los más benévolos dicen que estaría mejor amarrado a un pesebre y comiendo cebada. ¿Cómo no fue capaz de preocuparse de, por lo menos, intentar extraer el cadáver de su víctima? Era obligación suya confirmar la muerte de Durratt, ¿no le parece?

—Gareth, yo le diré por qué no lo hizo. Cuando no está amarrado al pesebre, se pasa el rato bailando de los hilos que mueve Harrington Barnett. ¿Lo comprende ahora?

—Sí —admitió él desanimadamente.

—Barnett es un sujeto muy ambicioso. ¿Sabía que, en más de una ocasión ha querido comprarme Claire Forest y que yo no he accedido nunca a venderle la propiedad?

—Lo ignoraba —respondió Evans.

Elynor hizo un amplio ademán con el brazo.

—Mire y comprenda..., pero también tendrá que ir a la trasera de la casa, para ver el bosque que se extiende por la llanura que hay más allá. Tiene un área de casi cinco kilómetros cuadrados. El río Shyne pasa por el extremo nordeste, pero dentro de los límites de la propiedad. Es un bosque limpio, sin fangales, sin zonas inundadas...

—Por eso le llaman Claire Forest —sonrió él.

—Exactamente. Antes había mucha caza, pero ahora ha disminuido

considerablemente. Los orgullosos miembros del Hunters Club estuvieron a punto de despoblar el bosque de sus habitantes naturales.

—Y ahora ya no cazan aquí...

—He sorprendido a algunos furtivos. Los denuncié. Llevé los casos al juez Markensen y los condenó a penas no muy graves, pero suficientes para cortar la mayor parte de esas acciones.

—¿No informó a Fox?

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—No me gusta perder el tiempo —respondió críticamente.

Asintió. Luego se limpió los labios con la servilleta y se puso en pie.

—Gracias por el desayuno, Elynor —sonrió.

—Ha sido un placer, Gareth —declaró la joven.

* * *

El Silver Eagle lo sorprendió. Aunque la fachada era más bien corriente y el águila de plata que representaba la muestra del local resultaba pequeña y poco visible, el interior estaba decorado con un lujo increíble en aquella población. Cortinajes de terciopelo rojo, muebles de maderas caras y las chicas vistiendo con singular elegancia y todas muy escotadas.

Había una mesa de ruleta, atendida por una hermosa joven, cuyos senos apenas quedaban velados por dos tiras de tela roja de escasamente cinco centímetros de anchura. Los jugadores no eran muchos, pero si vio sobre la mesa grandes montones de fichas.

La mayoría de las chicas conversaban con clientes maduros, en mesas o en la barra de madera lustrosa, tras la cual había un par de camareros negros, con uniforme de color rojo vino. Sin embargo, no pudo localizar a la dueña.

Acercándose a la barra, pidió un whisky. Luego preguntó por la propietaria.

—Su despacho está al otro lado de aquella puerta, señor —indicó el barman.

Evans abonó la consumición y luego se encaminó hacia la puerta

indicada, oculta tras unos gruesos cortinajes de color rojo, con orlas doradas. Pasó al otro lado y no tardó en divisar una puerta con el inevitable rotulo de PRIVADO.

Cuando se disponía a llamar, se dio cuenta de que estaba entreabierta. Voces ásperas llegaron a sus oídos.

—Le digo que no quiero. Usted no me asusta,..

—Puedo hacer que te retiren la licencia y tú lo sabes, Maud —dijo el hombre coléricamente.

—¿De veras? —El tono de Maud era desdeñoso—. Atrévase a hacerlo y todo el mundo sabrá qué es lo que sucede realmente aquí. ¿Quiere que las esposas de los honorables miembros del Hunters Club se enteren de que, cuando sus maridos les dicen que están en reuniones de negocios, se encuentran realmente aquí, jugándose el dinero o divirtiéndose con las chicas?

—Maud, tú no harías tal cosa... El negocio se te acabaría también a ti y lo sabes mejor que nadie.

—Puede que sí, pero podría rehacerme en otra parte. No perdería tanto, se lo aseguro.

—Está bien, dejemos esto, Maud. Ahora quiero que me hagas...

—¡No! —gritó ella con voz crispada.

Casi en el acto, Evans percibió el estallido de una bofetada. Maud lanzó un grito de dolor.

Evans abrió la puerta de golpe. En aquel instante, Maud corría detrás de una mesa, de la que extrajo un revólver, que encaró directamente al agresor.

—Barnett, no vuelva a tocarme en los días de su vida —amenazó—. Atrévase a ponerme la mano otra vez encima y juro que es lo último que hará en su puerca existencia.

CAPITULO VIII

Barnett retrocedió un par de pasos, amedrentado por la sin duda inesperada reacción de la mujer.

—Caramba, Maud, no es para ponerse así...

Ella se tocó la mejilla con la izquierda.

—¿Cómo quiere que me ponga después de haberme pegado? —gritó—. Salga de aquí inmediatamente y olvídese de todo lo que me ha pedido, ¿estamos?

Barnett se mordió los labios, furioso pero impotente para hacer nada contra el revólver que ella empuñaba con mano firme. Al girar bruscamente, vio al joven y su rostro enrojeció más todavía.

—Salga de aquí, maldito curioso...

Evans fijó la vista en la dueña del local.

—La ha pegado, Maud —dijo.

—Sí —admitió ella.

Entonces, Evans agarró a Barnett por el cuello y lo sacó a empellones al corredor, lanzándolo contra la pared opuesta. Barnett rebotó y estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio. Volviéndose hacia Evans, le miró colérico, mientras se arreglaba el traje con gestos nerviosos.

—No olvidaré esto —dijo, amenazador.

—Cuando tenga ganas de usar los puños, avíseme —respondió el joven impávido—. Tendré mucho gusto en hacer con usted un par de asaltos.

Barnett se marchó con paso vivo. Evans cerró la puerta y se volvió sonriendo hacia la mujer.

—Lo siento, Maud.

Ella dejó el revólver en el cajón del que lo había sacado.

—Ese hijo de perra me ha roto los nervios —declaró—. He estado a punto de pegarle un tiro...

—Te dio una bofetada.

—¿Lo has visto?

—Lo he oído —sonrió él.

—Se cree que es el dueño de la población —dijo Maud—. Conmigo se ha equivocado, puedes creerme.

—Te pedía algo. ¿Qué era?

—Una participación en el negocio a cambio de un préstamo.

—¿Lo necesitas?

—No, pero él asegura que podría ampliar el local y convertirlo en un gran casino. Vendría gente de otros pueblos vecinos y las ganancias resultarían enormes. Pero, al mismo tiempo, sería mi ruina.

—¿Por qué? —se extrañó Evans.

—Barnett metería sus manos en el negocio. Constantemente estaría haciendo ampliaciones de esto o de lo otro y yo no podría seguirle, porque carezco de capital suficiente. Inevitablemente, llegaría el momento en que se quedase con todo y eso es lo que yo no quiero que suceda. Me conformo con lo que tengo, que no es poco, ¿comprendes? Esto es seguro; lo que él propone es lo del clásico dicho: «... cien pájaros volando.»

—Y tú prefieres uno en la mano.

Maud se atusó el cabello con gestos nerviosos.

—Tengo que atender a los clientes —dijo—. ¿Por qué no me esperas en mi suite y hablaremos luego con toda tranquilidad?

—¿Cómo?

Maud fue a una puertecita situada en un rincón y la abrió. Evans divisó una escalera que conducía al piso superior.

—Es un acceso privado —sonrió ella—. Encontrarás bebida. Hay un televisor y libros para que entretengas la espera.

—Muy bien, aguardaré lo necesario.

* * *

Maud llegó casi tres horas más tarde, con una bolsa de lona en las

manos, que guardó en una caja fuerte empotrada discretamente en uno de los muros. Luego fue a un biombo y empezó a desvestirse.

Evans dormía en un sillón. Maud sonrió mientras se cambiaba de ropa. Luego se inclinó hacia el joven y lo besó en la boca.

—Despierta, dormilón...

Evans abrió los ojos.

—No tenía ganas de leer y los programas de televisión resultaban aburridos —declaró.

—Espero que mi conversación te resulte más interesante —dijo ella, mientras destapaba un frasco de vidrio italiano—. Gareth, ¿a qué has venido a este pueblo?

—Compré las tierras de Durratt, ya lo sabes, supongo.

—¿Sólo a eso viniste? —preguntó Maud intencionadamente.

—Eres muy curiosa. No hagas demasiadas preguntas.

—En cambio, tú te mueres por hacérmelas.

—¿Quién me invitó a venir a esta casa?

Maud se echó a reír. Luego, con las copas en las manos, se sentó en el brazo del sillón.

—Elynor Wilding es muy guapa, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —se asombró Evans.

—En esta casa sé oyen toda clase de rumores. Yo afino el oído y...

—Se comprende, te enteras de todo —rió Evans.

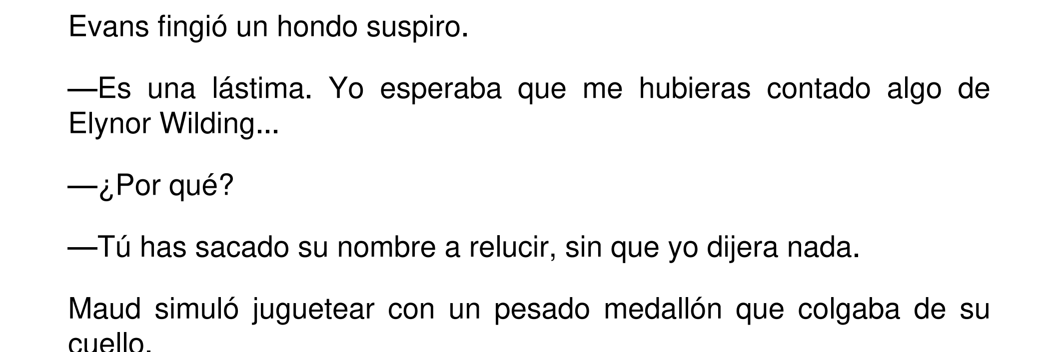
—Pero siempre soy muy discreta. Nunca repito a nadie lo que pueda oír en mi local.

—¿Ni siquiera al interesado?

—No, nunca.

—Es un buen procedimiento para seguir en este magnífico negocio. Amable con todos, hostil con ninguno y absoluta neutralidad.

—¿Te parece mal?



Evans fingió un hondo suspiro.

—Es una lástima. Yo esperaba que me hubieras contado algo de Elynor Wilding...

—¿Por qué?

—Tú has sacado su nombre a relucir, sin que yo dijera nada.

Maud simuló juguetear con un pesado medallón que colgaba de su cuello.

—¿Qué te interesa saber de la chica? —preguntó.

—Oh, nada, nada; no quiero que quebrantes tu propia ley de la discreción —respondió él con displicencia—. Bueno, ya me iba...

Maud hizo un gesto imperativo. Se había sentado en un diván y tenia las piernas cruzadas.

—Ven aquí —llamó.

Evans cruzó la estancia y se sentó junto a ella.

—Elynor llegó aquí hará cosa de un año. Estuvo varios en África; su padre era cónsul o algo por el estilo. Ella cobró gran afición a los safaris fotográficos y hasta publicó un par de libros, con numerosas fotografías que tuvieron gran éxito y le reportaron sustanciosos beneficios. Ahora creo que escribe, pero sobre otra clase de tema.

—¿Por ejemplo?

—La novela romántica vuelve a estar otra vez en auge.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Durante su estancia en África, conoció a un joven de la localidad. Había ido allí de vacaciones. Se enamoraron. El chico estaba loco por ella y Elynor le correspondía. Era un tipo magnífico, todo lo contrario de su padre, pero no te diré ningún nombre. Tendrás que averiguarlo tú, si te interesa.

—Está bien. Continua, por favor.

—El chico era propietario de Claire Forest, que había heredado de su abuela, que le conocía muy bien y le tenía un gran afecto. Al poco tiempo de regresar, llamó a Elynor para que viniera a reunirse con él. La separación entre los enamorados duró apenas tres semanas.

Cuando Elynor llegó, se lo encontró gravemente enfermo. El chico presintió que iba a morir y le dejó Claire Forest en herencia, un testamento muy bien redactado y jurídicamente inatacable. A los quince días, murió.

—En la flor de la edad. —Evans meneó la cabeza—. Pobre muchacho... Acaso contrajo la enfermedad en África...

—Hubiera podido salvarse, si aquí dispusiéramos de médicos competentes. Los Clayton diagnosticaron como malaria lo que no era sino enfermedad del sueño. Es mortal para los humanos si no se atiende a tiempo, ¿comprendes?

El joven se sintió aterrado.

—La enfermedad del sueño...

—Sí, le picó una mosca tse-tsé, según parece, un par de días antes de emprender el regreso. Los Clayton trataron de curar la enfermedad simplemente con quinina. ¡Estúpidos ignorantes! Deberían ser encerrados para toda la vida —exclamó Maud furiosamente.

—Elynor, supongo, se sentiría terriblemente afectada.

—Por supuesto. Es más, perdió el hijo que esperaba.

Evans se puso tieso en el asiento.

—Perdió un hijo...

—¿Te extraña? Estaban locamente enamorados el uno del otro. El chico quería presentársela a sus padres antes de casarse con ella; era muy mirado y estaba bien educado en algunos aspectos. No tuvo tiempo.

—Los padres la odiarán...

—El padre, en todo caso. La madre murió hace un par de meses.

—Comprendo. Gracias, Maud.

—Bien, ya te he contado todo lo que sé de la chica. ¿La culparás por lo que sucedió entre ella y el muchacho?

—Maud, ¿quién podía tirar la primera piedra? Estaban enamorados, era lógico que sucediera una cosa así, ¿no te parece?

Ella sonrió.

—Eres un tipo adorable —dijo—, Elynor debería encontrar un hombre como tú, que la protegiera y la hiciera olvidar horas amargas.

—Bueno, es joven y le queda mucha vida por delante. Maud, dejemos el tema por el momento. Quiero que me contestes a una pregunta, por favor.

—Sí, Gareth. Dime...

—¿Crees que Durratt está muerto?

Los ojos de la mujer brillaron de un modo extraño.

—Por desgracia, si —contestó.

—Has dado una respuesta que merecería, creo, una explicación. ¿La tienes?

—Durratt es el hombre que debería estar al frente de una comunidad como Sheehyn-on-Shyne. Se enderezarían muchas cosas, los débiles estarían mucho más protegidos y se cortarían los abusos de los poderosos. Quizá, con el tiempo, el enamorado de Elynor lo habría conseguido, entre él y Durratt, pero esas dos muertes han cambiado por completo la historia futura de esta población —concluyó Maud dramáticamente.

Evans se puso en pie.

—Gracias por haberme contado tantas cosas —sonrió—. Algún día volveré a ver si tengo suerte en tu mesa de ruleta.

—Perderías, seguro —dijo ella, riendo—. En cambio, si ahora te quedases, serías mucho más afortunado.

—¿Ah, es que vamos a jugar una partida?

—Si pierdes en el juego, ganarás en el amor...

Evans estudió a la mujer unos instantes. Ella se abrió un poco el escote del peinador que llevaba puesto.

De pronto, Evans sacó una moneda, la tiró al aire y la recogió en la mano.

—Pide, Maud.

--¡Cara! —exclamó ella.

Evans levantó la mano con la que cubría la moneda, miró un instante, sonrió y luego se la guardó otra vez.

—He perdido —dijo—. Por tanto, desgraciado en juego...

El peinador cayó al suelo. Debajo, apreció Evans, sólo había un camisón muy corto y transparente.

Ella le tendió los brazos.

—Ven a recoger tus ganancias —dijo ardorosamente.

* * *

Cuando salía, consultó el reloj. Eran poco más de las tres de la madrugada y no había querido pasar el resto de la noche junto a Maud. Pero conservaba un recuerdo muy agradable y, además, ella, pese a sus normas, había hablado mucho sobre ciertas personas de la población.

Las calles estaban solitarias. El alumbrado era más bien escaso y, en algunos tramos, reinaba una oscuridad casi completa.

Repentinamente, un hombre surgió de un portal cercano y lo apuntó con un revólver.

—Voy a matarlo —anunció ominosamente.

Evans respingó.

—Oiga, ¿qué diablos le he hecho yo...?

—Usted es el culpable de todo lo que ha pasado aquí. Mató a Medwill y ahora pretende hacer lo mismo conmigo. Pues sepa que no lo permitiré; antes de que lo haga, lo mataré yo...

Inesperadamente, otro hombre surgió de las tinieblas y arrebató el revólver al sujeto.

—Cálmate, Chad Griff —dijo Barnett con acento persuasivo—. El señor Evans es inocente de todo lo que le imputas. El no tiene nada que ver con lo que ha ocurrido en el pueblo, ¿no es así, señor Evans?

El joven respiró, aliviado.

—Cierto, señor Barnett —contestó—. Gracias por su intervención.

—Mi amigo Griff ha sido amenazado por Durratt. Yo vigilo para que no

le suceda nada, simplemente.

—Muy digno de elogio —dijo Evans—. Señor Griff, quiero que sepa que no tengo nada que ver con la muerte de Medwill ni con la amenaza que alguien le ha hecho.

—Entonces, ¿qué diablos hace usted aquí? —chilló Griff, fuera de sí.

—Eso no es cuenta tuya, Chad —terció Barnett amistosamente—. El señor Evans tiene perfecto derecho a estar en Sheehyn-on-Shyne, sobre todo, después de haber comprado las tierras de Durratt. Anda, vamos a casa, olvida todo..., como, sin duda, hará el señor Evans, ¿no es sí?

—Por supuesto —repuso el joven, sumamente aliviado del feliz desenlace del incidente.

Griff estaba muerto de miedo, se dijo, mientras caminaba de regreso al hotel. El pánico le impedía razonar correctamente, se dijo.

—Y una persona que no razona correctamente, es que está loca —murmuró.

Pero lo que más le extrañaba era la insólita actitud de Barnett. Después de haber mostrador hostilidad contra él, actuaba como un buen amigo, salvándole la vida.

¿Lo había hecho con algún objeto no definido en la breve conversación que habían sostenido? ¿Abrigaba intenciones ocultas bajo la capa de una desinteresada amistad?

Mientras, Barnett y Griff marchaban juntos. En la puerta de la casa, del segundo, se despidieron y Barnett se marchó a la suya.

Griff abrió la puerta, entró y encendió la luz. Maquinalmente, dejó el revólver en el cajón de una consola que había junto a la entrada. Luego se dirigió a la escalera que llevaba al primer piso.

De repente, se detuvo herido por un rayo.

El vestíbulo olía espantosamente mal. Había pisadas húmedas en el suelo, junto con algunos hierbajos semipodridos.

El cuerpo de Griff sufrió una horrible sacudida. Abrió la boca para gritar, pero una mano hediondamente húmeda se la tapó y cortó el grito que iba a lanzar en demanda de socorro.

Estaban frente a un gran espejo, que formaba parte de la decoración

del vestíbulo. Griff divisó un rostro brillante de humedad, unos ojos que parecían de fuego y también un objeto alargado que brillaba siniestramente.

El acero cortó su garganta de un solo tajo. Un violento chorro de sangre llegó al cristal azogado y resbaló luego lentamente hacia abajo. Pero Griff ya no pudo verlo.

La señora Griff tenía el sueño muy pesado y no se enteró de nada. Por la mañana, al levantarse, observó que el lecho de su marido estaba intacto.

Hacía ya tiempo que ocupaban camas separadas, Cuando bajó para preparar el desayuno, muy preocupada por la ausencia de su esposo, vio el horrible espectáculo y entonces comprendió por qué no había desordenado el lecho.

CAPITULO IX

Salía de la oficina de Correos y se encontró inesperadamente con Elynor. La joven iba cargada con unos cuantos paquetes y él se apresuró a aliviarle de su peso.

—Se los llevaré a casa...

—He traído mi coche —sonrió ella.

—Bueno, hasta el coche.

—Gracias, Gareth. Necesitaba algunas provisiones... El coche está aquí.

Elynor abrió el maletero y él dejó los paquetes en su interior.

—Se ha enterado de la noticia, supongo —dijo la joven, mirándolo rectamente.

—Me lo dijeron al levantarme.

—La amenaza se ha cumplido. ¿Fue Durratt?

—¿Está vivo?

Guardaron silencio los dos unos instantes. De pronto, Evans la agarró por un brazo.

—Vamos a tomar algo en el bar de enfrente —propuso.

Elynor aceptó sin protestas. Poco después, estaban sentados frente a frente, con sendas tazas de café ante ellos.

—Bien, Gareth, dígame, ¿qué opina usted del asunto? —preguntó ella.

—Soy forastero. Usted tiene más motivos para opinar que yo.

—No creo que haya sido Durratt. Ya se lo dije, podía odiarlos cordialmente, pero nunca llegar a tales extremos.

—Intentaron matarlo. Ha podido dejar de lado sus buenos sentimientos y planear su venganza —alegó Evans.

—Puede ser, no se debe descartar semejante posibilidad. A pesar de

todo, no lo creo, Gareth.

—Entonces, ¿quién lo ha hecho?

—Alguien que trata de aprovecharse de las circunstancias. No sé con qué objeto ni cuales son sus planes, porque tengo la sensación de que son proyectos a largo plazo. Pero el asesino se está aprovechando de la situación, eso es indudable.

Evans se acarició el mentón.

—Quizá tenga razón, pero deberían descubrirlo, ¿no le parece?

Elynor sonrió amargamente.

—¿Quién, el comisario Fox? Ocupa el puesto por méritos políticos, no precisamente por su inteligencia. No será nunca el hábil investigador de una novela o una película policíaca.

—Lo cual quiere decir que el asesino, si proyecta otros asesinatos, seguirá matando impunemente.

—Esta es mi opinión —dijo Elynor con firme acento.

—El panorama no es muy alentador. De todas formas, yo sigo empeñado en encontrar el cadáver de Durratt.

—No podrá conseguirlo, Gareth.

—¿Por qué?

—La ciénaga es profunda, las aguas son muy turbias...

—He ido a la oficina de Correos, porque esperaba me hubiese llegado el equipo apropiado para realizar unas cuantas inmersiones. Seguramente, me llegará mañana. ¿Querrá acompañarme?

—No tengo inconveniente y ojalá tenga éxito.

—Gracias. ¿Ha insistido Barnett en la compra de Claire Forest?

—No, pero sé que continúa empeñado en la compra. ¿Por qué menciona a Barnett?

—Se lo diré ahora mismo.

Evans le explicó lo que había sucedido a la madrugada anterior, aunque omitiendo el dato de su visita al Silver Eagle. Elynor se quedó atónita al saberlo.

—Es decir, usted vio vivo a Griff poco antes de su muerte.

—Según parece, el crimen se cometió apenas un cuarto de hora más tarde.

—Barnett lo acompañaba...

—No fue él.

—¿Cómo lo sabe?

—He hablado con Ed Stimson, el ayudante. Estaba haciendo la ronda en las inmediaciones de la casa de Griff y se encontró a Barnett, quien le dijo que había estado haciendo compañía al muerto y que acababa de dejarlo en su casa. Barnett estaba vestido, limpio y no olía a pantano.

—No, Barnett, quizá, sería incapaz de hacerlo por sí mismo, aunque si de encargarlo a otros.

—¿Algún profesional?

Elynor hizo un gesto ambiguo.

—Es sólo una suposición, no lo afirmo —respondió.

En aquel momento, sin saber por qué, Evans se acordó de Ryman Bates, que había desaparecido al día siguiente de su encuentro. Pero casi en el acto lo desechó; Bates tenía un historial pésimo, aunque jamás se había visto mezclado en un derramamiento de sangre. Era algo que siempre le había repugnado y, además, lo consideraba perjudicial para sus «operaciones».

—¿En qué piensa? —preguntó Elynor de repente, al observar el silencio del joven.

Evans levantó la mirada y sonrió.

—Elynor, ¿estaba enamorada de «él»?

La pregunta pilló por sorpresa a la joven, cuyo rostro enrojeció vivamente.

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó, muy turbada. -

—Eso no importa ahora. Perdone, ya sé que he traído recuerdos amargos a su memoria. No haga caso de mis palabras, se lo ruego.

—¿Por qué? Ya ha pasado mucho tiempo. Empiezo a recuperarme de aquel golpe. No se puede vivir eternamente anclada en el pasado.

—Sí, es lógico...

—Pero estaba muy enamorada. Íbamos a casarnos muy pronto. Ya sabe por qué no pudo ser, me imagino.

—Entonces, debo suponer que no recurrió a los hermanos Clayton cuando sufrió aquel..., contratiempo.

Ella se puso rígida.

—Me atendió Durratt. La anterior sirvienta lo divulgó inmediatamente por toda la población.

—¿No se fiaba de los Clayton?

—Diagnosticaron como simple malaria lo que era enfermedad del sueño. Al no aplicarle el tratamiento adecuado, Alan murió. Por eso su padre quiere ahora comprarme Claire Forest.

—¿Barnett? —adivinó Evans, con la respiración en suspenso.

—Si —confirmó Elynor.

—Lo siento de veras. Ojalá se recupere algún día.

—Gracias, Gareth. Suele decirse que la desesperación arroja a una persona a las tinieblas, pero no es cierto en la mayoría de los casos. El ansia de vivir es más fuerte, ¿comprende?

—Es algo perfectamente lógico, consustancial en el ser humano. Algunos, es cierto, fracasan y se dejan hundir o se quitan la vida, pero su cifra es ínfima comparada con la de quienes resisten y vuelven a salir a flote. Usted es de la segunda clase y un día volverá a reír y ser dichosa.

Elynor sonrió encantadoramente.

—Hablar con usted es como una medicina curativa, del alma por supuesto. Ahora me siento muchísimo mejor, Gareth.

—Lo celebro infinito, Elynor.

—Sin embargo, me gustaría saber quién le ha contado...

—¿No ha dicho que tenía una sirvienta muy chismosa? Al parecer, lo

sabe todo el mundo en la ciudad.

—Sí —admitió ella, apesadumbrada—. Lo saben todos, pero no me avergüenzo. Alan y yo pensábamos contraer matrimonio. Y su madre estaba encantada; era una mujer maravillosa, aunque, en ciertos aspectos, muy dominada por su absorbente esposo. Pero en este asunto no quiso ceder, aunque luego todo fue lo mismo, porque no pudimos casarnos.

Evans alargó una mano por encima de la mesa y apretó la de la muchacha.

—Animo, Elynor. El sol saldrá algún día y usted olvidará los malos ratos. Incluso los que pueda pasar todavía.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Ya le he dicho que estoy aguardando un equipo de submarinista. ¿Querrá acompañarme a Swamp Woods?

—No puedo decir «con mucho gusto», pero iré con usted —accedió ella resueltamente.

* * *

Pat Cluney abrió la puerta de la casa y se quitó la pipa de los dientes para saludar al visitante.

—Buenos días, señor Evans —dijo—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Espero que sí, Pat —contestó el joven—. Usted se encuentra actualmente sin trabajo.

—Tuve ciertas dificultades con Barnett. Los otros no quieren darme un empleo. Estoy en la lista negra del pueblo.

—Pero cobra el seguro de paro.

Cluney hizo una mueca.

—No me gusta ganar dinero sin trabajar —respondió.

—Bien, yo le propongo un empleo..., quizá sólo para hoy. Veinticinco dólares y comida, si es preciso emplear más tiempo del calculado.

—¿Qué clase de trabajo es? —preguntó Cluney recelosamente.

—No tema, no se trata de nada ilegal. Además la señorita Wilding nos

va a acompañar. Ya la he avisado y tardará muy poco en llegar.

—Bueno, de todos modos, no creo que usted haga nada malo. Espere, voy a decírselo a mi mujer. Enseguida estoy con usted.

Momentos después, los dos hombres salían de la casa y se encaminaban al hotel. Elynor llegaba en aquel momento, conduciendo su todo terreno.

—Iremos mejor en este coche —propuso—. El camino no es bueno para automóviles ordinarios.

—Está bien —aprobó Evans.

—Hola, Pat —saludó la joven con una sonrisa.

Cluney se tocó el ala del sombrero con dos dedos.

—¿Qué tal, señorita Elynor?

—Pat, ayúdeme —pidió el joven en aquel momento.

Había llegado ya el equipo de submarinista y Cluney se sintió profundamente intrigado al ver las botellas de aire.

—Oiga, el río aquí no es muy profundo y la corriente es bastante viva, hasta llegar a Swamp Woods...

—Es que, precisamente, voy a sumergirme en el pantano —contestó Evans con una amplia sonrisa.

—Oh... ¿Quiere encontrar el cadáver del pobre Durratt? —exclamó Cluney atónito, al comprender las intenciones del joven.

—Exactamente, Pat.

Alguien se acercó en aquel momento. Wayne Fox los miró con sus ojillos suspicaces.

—¿Puedo saber qué están haciendo? —preguntó con desabrido acento.

Evans se volvió en el acto.

—Todavía, nada, pero vamos a hacer algo que usted omitió, no sé si por ignorancia o deliberadamente. Preferiría sin embargo, creer lo primero, aunque no le favorezca nada en su cargo.

—No sé a qué se refiere...

—Definitivamente, ignorancia —dijo Elynor con aguda ironía.

—Para que lo sepa de una vez, vamos a intentar encontrar el cadáver de Durratt —informó Evans.

—O lo que quede de él —añadió Cluney malignamente.

El seboso rostro de Fox tomó un tinte ceniciento.

—¿Por qué no va a decírselo inmediatamente a su amo? —volvió a hablar Cluney, sin abandonar su tono sarcástico—, A Barnett le gustará saber lo que estamos haciendo, créame.

—Será una..., acción ilegal... —tartamudeó Fox.

Evans le tendió un papel.

—Aquí tiene —dijo—. Es un permiso en regla, firmado por el juez Markensen. La fotocopia, claro; yo guardo el original en sitio seguro.

—Con cierta clase de gente, uno no puede descuidar las precauciones —dijo Cluney con sorna.

Fox guardó el papel con gesto titubeante. Evans se volvió hacia la joven.

—Todo listo, Elynor —sonrió—. ¿Dispuesta para la operación?

Ella hizo un gesto afirmativo,

—Aprensiva y temerosa, pero dispuesta —respondió.

CAPITULO X

Entre los objetos que figuraban en el equipo de inmersión, Elynor vio una linterna de tamaño mayor de lo corriente, provista de un largo cable negro. Al desenrollarlo, Evans se volvió hacia ella.

—Tendrá que dejar el motor en marcha, de otro modo, correríamos el peligro de descargar la batería —dijo.

—Oh, comprendo. No se fía de una lamparilla portátil.

—Esta tiene más potencia, Elynor.

El joven estaba ya equipado con el traje de goma. Una vez hecha la conexión del cable a la batería del coche, se puso las aletas y luego, ayudado por Cluney, se colocó a la espalda las botellas de aire. Probó la boquilla, vio que funcionaba satisfactoriamente y se acercó al borde del pantano, en el que se sentó antes de efectuar la inmersión.

—No quiero lanzarme de golpe —explicó—. Desconozco el lugar, el fondo no se puede ver y así evito posibles riesgos.

Bajó la máscara de vidrio y se puso la boquilla de aire en la boca. Luego, con la lámpara en la mano, ya encendida, se dejó resbalar hasta desaparecer por completo de la vista de Elynor y de Cluney.

Durante unos minutos, los dos observaron animosamente las burbujas que afloraban a la superficie. De súbito, Evans apareció fuera del agua y se agarró con ambas manos a un arbusto que crecía en tierra firme.

—He encontrado algo —dijo.

Elynor se puso una mano en el pecho.

—Entonces, está...

—Pat, tráigame una cuerda que encontrará en el coche. He dejado la linterna encendida en el fondo. Sólo hay cuatro metros escasos y puedo llegar sin dificultad.

—Lo..., lo va a sacar a la superficie —adivinó la joven.

—Debo hacerlo.

Cluney volvió a los pocos instantes con la cuerda en las manos.

—Quédese uno de los extremos, Pat —indicó Evans.

—Está bien.

Evans se sumergió por segunda vez, para emerger a los pocos momentos. Todavía al borde de la tierra firme, clavó los ojos en el rostro de la muchacha.

—Elynor, ya he atado la cuerda debajo de los brazos del cadáver —dijo—. Ahora desconectaré la lámpara y usted irá al pueblo a dar aviso al comisario. Puede volver luego, si lo desea.

—De acuerdo, Gareth.

Evans salió del pantano y se quitó todo el equipo, a excepción del traje de goma. Tras secarse las manos bien, desconecto el cable de la lámpara y bajó la tapa del motor.

—Ya puede irse, Elynor... No, espere un momento.

Ella, ya al volante del coche, se estremeció al ver que el joven sacaba una manta del departamento posterior. Sin decir nada, dio media vuelta y se alejó con rapidez en dirección al pueblo.

—Y ahora Pat, usted y yo vamos a extraer un cadáver que no es precisamente el de su amigo Durratt —dijo Evans cuando el coche hubo desaparecido entre la espesa vegetación del lugar.

Cluney respingó.

—¿No es el de Durratt? Entonces, ¿quién diablos es el muerto?

—Creo que sé quién es, pero prefiero esperar tenerlo fuera. A pesar de la potencia de la lámpara, la visibilidad no es demasiado buena allá abajo.

—Estará... —Cluney no se atrevió a seguir hablando, temeroso de expresar con palabras lo que pensaba acerca del cadáver encontrado por el joven.

—No tiene muy buen aspecto, a decir verdad —admitió Evans—. ¿Vamos ya, Pat?

Los dos hombres tiraron de la cuerda. Cluney apartó la mirada a un lado cuando vio asomar un cuerpo horriblemente desfigurado.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó a este desgraciado?

Evans arrastró el cadáver hasta unos metros lejos del borde. Luego, inclinado sobre aquellos restos, dio la vuelta y enseñó algo a su acompañante.

—Dos tiros por la espalda, Pat.

Cluney se estremeció.

—Un asesinato.

—Ilegal, en este caso, si es que se considera legal lo que hicieron con Durratt. Pero aguarde un momento... No mire si no quiere; es que tengo que hacer algo antes de que llegue el comisario.

Evans sacó una navaja y se arrodilló junto al cadáver, situado boca abajo. Cluney se mareó y tuvo que retirarse unos pasos.

—Debiera haber traído un frasco con whisky... —dijo débilmente.

—Busque en mi equipaje —indicó Evans—. Pero déjeme un poco, para lavarme las manos cuando termine.

—Sí, sí, señor...

Evans terminó muy pronto. Luego puso las manos bajo el chorrito de licor de la botella sostenida temblorosamente por Cluney. El sujeto se sintió estupefacto al ver aquel pequeño objeto que Evans quería desinfectar también con el alcohol.

—Hay cosas que no puedo entender —dijo—. ¿Es usted médico, acaso?

—Pat —sonrió el joven—, ¿es tan difícil sacar una bala del cuerpo de un hombre que no puede quejarse ya?

* * *

En el coche de Elynor llegaron el comisario Fox y su ayudante Stimson. Elynor fue la primera en apearse y corrió presurosa hacia el joven.

—Vienen más —avisó en voz baja.

—Estaré prevenido —respondió él.

Fox llegó, caminando con su pesadez habitual. Sus ojillos recelosos miraron inquisitivamente a Evans.

—¿Qué es lo que ha encontrado usted? —preguntó.

Evans señaló el cuerpo cubierto con una manta.

—Ahí está —dijo.

El comisario quiso acercarse, pero Evans lo retuvo estirando el brazo.

—Aguarde —pidió.

—¿Por qué? Represento a la ley y tengo derecho a...

—Lo sé, comisario. Pero sé que viene más gente y quiero que descubra el cadáver delante de más testigos. Siempre resultará conveniente, ¿no le parece, Ed? —se dirigió al ayudante.

—No estará de más, en efecto —convino Stimson.

Fox tuvo que tascar el freno a su pesar, aunque, a los pocos momentos se percibió el rumor de varios coches que se acercaban. Eran tres en total y de ellos se apearon diez o doce personas, todos hombres.

Barnett encabezaba el grupo, con su altanería de costumbre. Los hermanos Clayton llegaron en el segundo coche. A los restantes, no los conocía el joven, pero supuso que todos serían miembros del muy exclusivo Hunters Club.

—Me han dicho que se ha encontrado un cadáver —exclamó Barnett inmediatamente de su llegada—. ¿Quién ha sido el autor del hallazgo?

—Yo —contestó Evans—. Me pareció conveniente realizar una exploración del lugar en donde Durratt cayó al agua.

—Lo hizo sin mi permiso —chilló Fox, muy nervioso.

—Pero con una autorización del juez Markensen, cuya copia tiene el comisario —declaró Evans—. De modo, que no he hecho nada ilegal.

—Bien... —Barnett agitó una mano con simulada benevolencia—. Seguramente, es el cadáver, o lo que quede de él, de un asesino que se llamo Durratt. Señor Evans, no sé qué interés puede tener usted en este caso, pero le aseguro que sólo se hizo justicia con el autor de una horrible matanza.

—No se le concedió siquiera la opción de un juicio justo e imparcial, como prescribe la ley —protestó Evans—. Pero eso ya es agua

pasada; una vez se pierde la vida, no hay nada que lo pueda reparar.

Fox dio una patada en el suelo.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Por qué no levanta de una vez esa condenada manta?

Evans miró sucesivamente a los dos médicos. Los restantes espectadores se hallaban congregados en ansioso círculo alrededor del cadáver.

—Doctores Clayton —dijo—, espero que luego practiquen la autopsia a los restos del hombre a quien he encontrado en la ciénaga y emitan un informe imparcial. El juez Markensen así lo desea.

—Lo haremos —contestó el mayor de los hermanos.

—Muy bien. Entonces... ¡miren todos!

Evans se inclinó, agarró una punta de la manta y tiró hasta dejar el cuerpo por entero al descubierto. Elynor emitió un pequeño grito de horror y se volvió para no contemplar aquel espantoso espectáculo.

Dominando sus aprensiones, Fox se inclinó hacia el rostro del muerto.

—¡Dios! —rugió de pronto—. ¡No es Durratt!

Algunos curiosos se acercaron más todavía. Barnett pareció de repente sentirse acometido por un fortísimo temblor nervioso.

Brian Clayton retrocedió como si hubiera visto un monstruo de indescriptible fealdad. Su hermano parecía más sereno y se limitó a morderse el labio repetidas veces.

Súbitamente, ocurrió algo por completo inesperado. Todos los curiosos que habían llegado a la ciénaga, incluido Barnett, corrieron hacia sus coches, literalmente despavoridos, apreció Evans. En menos de medio minuto, el lugar quedó casi completamente vacío.

—¿Qué le pasa a esa gente? —se asombró Cluney—. Parece que hayan visto al diablo en persona...

—Pues este hombre no era Durratt, a quien acusaban de ser hijo del demonio —dijo Evans con sorna—. En fin, comisario, doctores Clayton, estos restos les pertenecen a ustedes.

Tragando saliva, Fox hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, lo cargaremos en el coche de la señorita Wilding y...

—¡No! —prohibió la muchacha—. Los he traído a ustedes, pero no transportaré algo que no es de mi incumbencia. Ahí tiene el coche de los médicos; llévese el cadáver en él..., si quiere. De lo contrario, traiga el coche oficial, ¿entendido?

Evans aprobó mentalmente la decisión de la joven. Fox se volvió hacia el más alto de los hermanos.

—¿Doctor...?

—Está bien, cárguenlo en el maletero —accedió el aludido de mala gana.

Mientras los representantes de la ley realizaban la macabra operación, Evans buscó el frasco de licor y se lo entregó a la muchacha.

—No tengo vaso, pero un traguito le sentará bien —dijo.

Elynor hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ha sido algo desagradable, pero, supongo, útil. ¿Me equivoco, Gareth?

—Acierta, pero ya le explicaré más tarde. Ahora, dígame, ¿no ha visto como escapaban todos, muertos de miedo?

—Esperaban ver los restos de Durratt y no ha sido así. Lo que significa que creen en la supervivencia de Durratt.

—Exacto, Elynor —contestó Evans.

Los médicos, el comisario y su ayudante se fueron a los pocos momentos. Evans empezó a recoger el equipo de buceo para cargarlo en el coche de la joven.

* * *

—El muerto se llamaba Ryman Bates y era un notorio estafador, muy hábil, tanto, que una vez vendió a un paleto nada menos que la parte americana de las cataratas del Niágara —dijo Evans, una vez con el coche en movimiento.

—¡Arrea! —se sorprendió Cluney, que viajaba en el asiento posterior —. Debía de tener un pico de oro, ¿eh?

—Increíble —sonrió el joven—. Sabía disfrazarse de cualquier cosa e

imitar al más encopetado personaje de la tierra, incluso mujer, si era de su estatura. Yo lo vi una vez disfrazado de cardenal de la Iglesia Romana y en otra ocasión me lo encontré recibiendo en cierta población el homenaje al hombre más viejo del país, con ciento veintidós años. Consiguió un premio de veinte mil dólares, lo que le rejuveneció las piernas apenas terminó el acto.

Elynor lanzó una fresca carcajada.

—Era todo un artista —calificó—. Pero, ¿cuál era su papel en este negro asunto?

—Apostaría algo bueno a que fue el «resucitado» a quien Cluney vio el día que salió a cazar y luego dio la noticia de que Durratt seguía vivo. Lo que no comprendo —dijo Evans pensativamente—, es por qué tuvo que morir, si luego otro ha desempeñado el mismo papel y con asesinatos reales.

—¿No podría ser Durratt, verdaderamente vivo? —apuntó Elynor.

—No —contradijo Evans firmemente—. Tampoco Bates; sabía que si derramaba una sola gota de sangre, estaba perdido. Era un hábil timador, desde luego, pero, en la mayoría de las ocasiones, los «primos» no denunciaban el timo, para no hacer el ridículo. Una puñalada, por leve que fuese, le habría echado a perder el negocio para siempre.

—Desde luego, si yo llego a comprar las cataratas del Niágara y luego me entero de que se trataba de un timo, no lo diría a nadie, para que no se rieran de mí —concordó Cluney—. Pero a veces pienso que no se me ha ido todavía el susto del cuerpo cuando lo vi frente a mí...

—Gareth, yo sospecho que usted tiene en este asunto cierto interés que va más allá de la simple posesión de unas tierras —dijo Elynor—, Quizá me equivoque, aunque lo dudo.

—Se lo diré luego —insistió el joven—, A propósito, Pat; su trabajo no ha terminado todavía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el aludido.

—¿Recuerda la bala que extraje del cadáver de Bates?

—Sí, desde luego.

—Necesito encontrar otra igual, Pat.

—No sé donde. Los médicos extrajeron todas de los cuerpos de las víctimas de la matanza... Pero Durratt no iba a asesinar a un desconocido...

—Según mis informes, Brian Clayton hizo la comprobación balística con un microscopio que tiene en su casa. Pero luego todas esas balas fueron a parar al fondo del Shyne.

—Una bonita manera de borrar pruebas, me parece —ter ció Elynor.

—Sin embargo, yo sé donde encontrar alguna bala que no fue a parar al río, Pat, tengo que darle ciertas instrucciones, pero lo haré después de cenar. Iré a su casa, ¿entendido?

—Como usted diga, señor Evans —accedió Cluney.

Evans se volvió hacia la muchacha.

—Elynor, ¿se ha repuesto lo suficiente para invitarme a cenar en su casa?

—Será un placer —accedió ella con radiante sonrisa.

CAPITULO XI

Después de cenar, Evans se recostó en el sillón de la veranda y encendió un cigarro.

—Heston Durratt era hermano de mi madre —explicó, ante una sola oyente que lo escuchaba con enorme interés—. Un médico reputado, muy distinto de esos bergantes que son los Clayton. Honesto, trabajador y enamorado de la profesión..., hasta que un día cometió un pequeño error. La culpa no fue totalmente suya, pero cargó con ella y sufrió una depresión, que le hizo abandonar su magnífica carrera y buscar un lugar donde retirarse. Lo encontró aquí, en esta población.

—Por eso curaba a la gente y no por sus habilidades de curandero —dijo la muchacha.

—Sí. Además, y aunque su especialidad era la cirugía, había estudiado la psiquiatría a fondo. Aquí, por lo visto, estudió la botánica y aplicaba remedios naturales con notable éxito, según parece. Gratuitamente, además.

—Sí, es cierto. Y si no, que se lo pregunten a Cluney y a su esposa.

—Lo sé. Además, compró las tierras contiguas a Swamp Woods, aunque también le pertenecía un trozo de ciénaga, una especie de ramal situado precisamente en la zona del desagüe. ¿Lo sabía usted?

—No —respondió la muchacha—. Sé que era dueño de una extensión de terreno, pero desconozco los límites de la propiedad.

—Los miembros del Hunters Club habían arrasado prácticamente toda la caza de la comarca. No hay aves migratorias en Swamp Wood, pero sí otra clase de fauna, a la que él quería proteger, tratando de evitar lo que algunos pretenden.

—Desconocía esta parte del asunto. ¿Qué quiere hacer con Swamp Woods?

—Desecar la ciénaga —contestó Evans—, He comentado el caso largamente con Cluney. La barrera que evita un desagüe demasiado rápido y causa, por tanto, la formación de la ciénaga, es relativamente corta y delgada. Cluney dice que con varias cargas de dinamita, una tonelada a lo sumo, la barrera saltaría por los aires y, al desecarse el

pantano, el río correría libremente y la zona se sanearía enormemente.

—Algo de razón tiene, ¿no le parece? —dijo Elynor.

—Sí, aunque no hasta el extremo de matar para conseguir esas tierras.

—El autor, sea quien sea, ha perdido el tiempo, porque tienen nuevo dueño. Oiga —exclamó la muchacha de repente—, si usted era pariente de Durratt, es también su heredero. ¿Por qué, pues, pagó por algo que le pertenecía legítimamente?

Evans le quiñó un ojo.

—Entonces, no quería dar a conocer mi personalidad. Y, ciertamente, ahora sólo lo sabe usted. De acuerdo, soy el sobrino de Durratt, pero el que pagase el importe de la compra, tendría que abonarlo a sus herederos, deduciendo, claro está, los dos mil diez dólares que se debían de impuestos. Cuando llegué el momento, presentaré la reclamación pertinente y tendrán que devolverme once mil cuatrocientos noventa dólares.

Elynor se puso una mano en la boca.

—¡Tipo astuto! —le apostrofó cariñosamente. Pero, de pronto, se puso seria—. Sin embargo, continuamos sin saber si Durratt está vivo o muerto.

Evans la miró fijamente y ella creyó comprender la verdad.

—Está muerto —murmuró.

—Sí —corroboró él—. Sus restos yacen aún en el sitio donde se sumergió, después de ser herido de muerte por sus perseguidores.

—No entiendo... Entonces, hay alguien que se hace pasar por Durratt. ¿Quién es, Gareth?

—Espero averiguarlo muy pronto, Elynor. Y antes todavía, quiero encontrar pruebas definitivas de la inocencia de mi tío.

—¿Qué pruebas? —inquirió ella anhelosamente.

Evans sonrió.

—Está oscureciendo ya, pero aún no es hora --dijo—. ¿Querrá acompañarme luego? Primero iremos a casa de Cluney. Lo necesito.

—¿Por qué, Gareth?

Evans señaló una figurita que se hallaba asomada al ático de una casa situada en el extremo del pueblo más próximo a Claire Forest.

—Están observándonos desde que nos sentamos a la mesa —contestó—. Apenas se distingue a simple vista, pero si entra en su casa y lo mira disimuladamente con los prismáticos, verá cómo tengo razón.

—Lo haré ahora mismo —dijo ella, a la vez que se ponía vivamente en pie.

Elynor regresó al cabo de unos minutos.

—Es Brian Clayton —declaró.

—Lógico, completamente lógico —respondió Evans.

—¿Lo cree así?

—Está metido hasta el cuello en este asunto.

Ella sintió que un escalofrío le recorría por toda la espalda.

—¿Por qué, Gareth?

—Espero saberlo muy pronto. Mientras tanto, ¿se ha dado cuenta del miedo que sienten algunos de los habitantes de Sheehyn-on-Shyne?

—Todos los que vieron el cadáver de Bates, que fueron casi, sin excepción, los que persiguieron a Durratt.

—Justamente —confirmó Evans—, Están muertos de mié do, porque creen que Durratt sobrevivió y se está vengando de algunos de ellos. Cada uno teme ser la siguiente víctima, pero lo peor de todo es que no saben que los motivos de esos asesinatos no son precisamente los de la venganza.

—¿Cuáles son, entonces, Gareth?

—Me faltan algunos datos y no puedo responderle todavía. Muy pronto conoceremos toda la verdad, se lo aseguro, Elynor.

—¿Esta noche? —apuntó ella temerosamente.

—Creo que habremos dado un gran paso, al menos, para poder probar la inocencia de mi tío en la matanza de la fiesta del Hunters

Club —contestó Evans con grave acento.

* * *

Elynor aguardaba, impaciente y nerviosa, en la oscuridad, mientras el joven conversaba con Cluney en la casa de éste. Habían salido de la residencia para dar después un rodeo, a fin de llegar al pueblo sin ser vistos, lo que Evans estimaba haber conseguido.

Inmediatamente, se habían dirigido a la casa de Cluney, en la que sólo había entrado él. En Claire Forest, sin embargo y como medida de precaución, habían dejado un par de luces encendidas en la planta baja, a fin de hacer creer a los posibles observadores que no se habían movido todavía del lugar.

La sirvienta tenía instrucciones de apagarlas media hora más tarde. Era el plan de Evans, aunque Elynor no conocía todos los detalles.

Sin embargo, confiaba en el joven y esperaba que él, por fin, consiguiera acabar con aquella pesadilla que se había iniciado el día de la fiesta anual del Hunters Club.

Las cosas cambiarían en Sheehyn-on-Shyne cuando todo terminase, pensó. Nada volverla a ser igual en lo sucesivo. Muchos tendrían remordimientos durante el resto de sus días. Para otros, bastantes, estimaba, sería una cura de humildad. Y tendrían que tomar decisiones por sí mismos, en lugar de seguir incondicionalmente a un jefe que había abusado de su prepotencia y su orgullo.

La puerta de la casa de Cluney se abrió de repente. Evans se reunió con ella y agarró su brazo.

—Todo listo —dijo en voz baja.

Echaron a andar con rapidez. Poco después, llegaban al jardín del Hunters Club, sumido en una completa oscuridad.

Elynor se había fijado en que Evans llevaba pendiente del hombro una bolsa de lona, de la que extrajo una potente linterna, Inmediatamente, la encendió y empezó a buscar por la fachada posterior del edificio de la sociedad.

Elynor aguardaba en silencio, dominando la impaciencia que sentía, porque sabía que lo que Evans buscaba podía significar el principio del fin de aquella horrible situación. Sin embargo, hubo de pasar un tiempo que le pareció interminable antes de que el joven, casi inesperadamente, lanzase una exclamación.

—Ah, aquí —dijo Evans.

Elynor se acercó. En la jamba de madera de una de las puertas, vio un redondo orificio.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El impacto de una bala —respondió él—. ¿Quieres sostener la linterna, por favor?

—Claro, Gareth,

Evans se volvió hacia ella con la sonrisa en los labios.

—No te importará un tratamiento más..., personal —dijo.

Elynor sonrió también.

—Me gusta —respondió simplemente.

—Bien, entonces, alumbra aquí, por favor.

Elynor hizo lo que le pedían. Evans sacó de la bolsa un gran cuchillo de caza, con el que empezó a manipular en la madera de la puerta. Ella observó que el joven ponía gran cuidado en el manejo del arma.

—No importa que tarde —explicó él—. Lo interesante es que el proyectil salga intacto.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Evans lanzó una exclamación en tono bajo.

—Ah, ya está...

La bala salió del lugar donde se había empotrado en la madera y cayó en la palma de la mano de Evans. Elynor observó que el joven se sentía enormemente satisfecho.

—Lo que yo pensaba —dijo.

—¿Qué es lo que pensabas, Gareth? —preguntó Elynor.

—Pues...

Evans no pudo continuar. En aquel instante, se oyó una voz a pocos pasos de distancia:

—¿Qué están haciendo aquí? Los estoy apuntando con una pistola y si no me dan explicaciones satisfactorias de su presencia en este

lugar, me veré obligado a hacer fuego.

* * *

Evans se apoderó de la linterna, para apagarla inmediatamente, mientras Elynor lanzaba un apagado grito de sorpresa. Delante de ellos, a media docena de metros, se divisaba la silueta de un hombre, aunque, sin luz, resultaba imposible ver sus facciones. No obstante, la estatura y su complexión, permitían identificarlo con facilidad.

—¿Va a matarnos, doctor Clayton, sólo porque estamos buscando pruebas de la inocencia de Durratt? —preguntó el joven.

En aquel instante, sonó una voz cavernosa muy cerca de aquel lugar:

—¡Brian Clayton! Soy el hombre a quien tú y otros desalmados condenasteis a muerte. Sí, soy Heston Durratt, por que, afortunadamente, conseguí sobrevivir para un día probar mi inocencia y vuestra culpabilidad. Deja a esos dos jóvenes, si no quieres que te corte el cuello ahora mismo.

Clayton se sintió atacado de un pánico espantoso.

—-¡Durratt! ¿Dónde está?

—No puede verme... Yo sí lo veo a usted, doctor... ¿Sabe?, si se tiene un poco de interés, se puede encontrar un refugio seguro en la ciénaga... Allí es donde yo he estado todo este tiempo, curando las heridas que me infligieron sus amigos...

Repentinamente, Clayton emitió un aullido de miedo y, dando media vuelta, echó a correr con desesperación, perdiéndose de vista en contados segundos. Elynor respiró aliviada.

—Estaba muy asustada...

Evans sonrió, a la vez que pasaba un brazo por su cintura.

—Me pediste venir aquí y yo debí haberme negado, pero no tuve la suficiente fuerza de voluntad —contestó—. ¿Pat? —llamó de pronto.

—Aquí —dijo Cluney.

El hombre si hizo visible en el acto.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó sonriendo.

—Maravillosamente bien —dijo Evans.

—Hasta yo creí que era el propio Durratt —añadió Elynor—. Parecía su misma voz...

—Hablé con él infinidad de veces. No me costó demasiado imitar su tono de voz —explicó Cluney—. Señor Evans, ¿lo ha encontrado?

El joven encendió la linterna y enseñó la bala que había extraído de la puerta.

—Aquí está —dijo—. Una de las principales pruebas de la inocencia de Durratt.

—¿Se necesitan más pruebas todavía?

—Sí, pero van a ser ellos quien nos las proporcionen —contestó el joven enigmáticamente—. Sobre todo, si hace usted lo que le indiqué antes en su casa.

—Mañana por la noche estará enterado todo el pueblo, —aseguró Cluney.

Evans se volvió hacia la joven.

—¿Puedo acompañarte a casa? —consultó.

Elynor sonrió deliciosamente.

—Sería incorrecto dejarme volver sola —respondió.

CAPITULO XII

Pat Cluney pasó la mayor parte del día yendo de un lado para otro, simulando tener ocupaciones y charlando con todo el que quería escucharlo acerca de la posible supervivencia de Durratt. Estuvo primero en la oficina de Correos, donde solía acudir bastante gente a diario para recibir paquetes, diarios y correspondencia; luego en el supermercado, donde hizo algunas compras y, finalmente, hacia mediodía, empezó a tomar cervezas en las tabernas del pueblo.

Cuando terminó su recorrido, estaba medianamente seguro de que la noticia se había extendido por toda la población. Hacia las cinco de la tarde, Harrington Barnett salió del edificio donde tenía su despacho de negocios, muy preocupado al parecer, según observó con cierta ironía el hombre que estaba apoyado negligentemente en la pared.

—¿Marchan mal los negocios, señor Barnett? —dijo Evans.

El sujeto se volvió en el acto.

—¿Qué demonios le importan a usted mis asuntos? —exclamó destempladamente.

—Bueno, hasta cierto punto. Una vez fuimos competidores por la posesión de unas tierras...

—Aquello ya está olvidado. Usted ganó y yo no tengo nada que reprocharle.

—Muy agradecido, aunque siempre me extrañó que no quisiera sobrepujar mi oferta. Usted, un hombre adinerado, el más rico de la ciudad...

—Habladurías —contestó Barnett secamente—. Hay hombres más acaudalados que yo, se lo aseguro.

—Sin embargo, ninguno trata de comprar propiedades de los que han muerto en los últimos días.

Barnett se puso rígido.

—¿A qué se refiere usted?

—Hace ya bastante tiempo, el gobierno federal pensó en establecer en la comarca una importante factoría de material... digamos de

guerra. Buenas comunicaciones, agua en abundancia en el río Shyne, en el que nunca hay problemas de estiaje... Claro que la construcción del complejo se otorgaría a una empresa en particular, como es norma en el gobierno, pero éste velaría para evitar problemas a la sociedad constructora. El dueño de esos terrenos podría ganar una fortuna si esa empresa se los comprase, ¿no le parece?

—No sé nada de eso —manifestó Barnett, muy envarado.

—Bueno, por eso se lo estoy contando. Lo primero que necesitaría sería poseer las tierras de Durratt, en especial el trozo de la ciénaga donde está la barrera natural, que permitiría, con su sencilla voladura, un desagüe rápido y nada costoso. El que poseyera todas esas tierras, además, podría pedir un importante paquete de acciones de la fábrica, con lo que en un tiempo mínimo se convertiría en un verdadero potentado, una buena imitación local de los jeques del petróleo. ¿No se le había ocurrido mirar el asunto bajo este prisma?

—Lo siento —dijo él hombre con sequedad—. Tengo mis propios negocios y no necesito más.

—Habrá quien lo dude en Sheehyn-on-Shyne —contestó Evans, mientras, con aire negligente, se frotaba las uñas con la solapa del traje—. Por cierto, he captado ciertos rumores... Se dice por ahí que Durratt sigue vivo, porque está guarecido en una cueva que hay a menos de cincuenta metros del lugar donde cayó a la ciénaga. Creo que es una elevación del terreno, cortada a pico, debajo de la cual, invisible para todo el que se sitúe al borde, está la cueva. Claro que él conocía muy bien Swamp Woods y por eso, sin duda, se refugió allí...

El rostro de Barnett adquirió de repente un tinte grisáceo. Fue a decir algo, pero las palabras se negaban a salir de su boca.

—Bueno —continuó el joven, implacable—, yo no afirmo nada. Desconozco el terreno y sólo repito lo que otros han dicho. Usted, ¿qué opina?

—E... es po... posible —dijo Barnett, articulando la respuesta con evidente dificultad.

—Sí, es muy posible.

Evans se despegó de la pared y dirigió una ancha sonrisa al sujeto.

—Buenas tardes, señor Barnett —se despidió.

* * *

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Elynor ansiosamente, cuando vio llegar al joven.

Evans se apoderó de sus manos.

—Todo marcha como esperábamos —contestó.

—Como tú lo has planeado, mejor dicho —sonrió ella.

—Confío en que no se produzcan más inconvenientes. ¿Sabes lo que hemos de hacer luego, Elynor?

—Sí, Gareth.

De pronto, Evans bajó la vista.

—Bueno, estoy muy bien así, pero no puedo tenerte sujeta todo el tiempo —dijo.

—A mi me gusta —contestó ella, sin hacer el menor gesto para retirar sus manos.

—Si quieres seguimos así todo el tiempo que quieras, pero, me parece, tendremos que soltarnos para una cosa tan prosaica como empuñar el cuchillo y el tenedor, ¿no te parece?

Elynor lanzó una alegre carcajada.

—Acepto que te invites a cenar —contestó.

Después de la cena, Evans la miró penetrantemente.

—Anda, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo.

—Sí, Gareth.

Era ya de noche. Elynor se levantó y entró en la casa, para regresar a los pocos momentos.

—Viene en seguida —informó.

Apenas cinco minutos más tarde, se vieron brillar los faros de un coche, El conductor se apeó apenas lo hubo detenido frente a la veranda.

—Buenas noches, señorita Elynor —saludó Stimson, llevándose la mano al sombrero de ala ancha—. ¿Dónde ha visto a ese merodeador...?

—Venga aquí, Ed —llamó el joven—. No hay ningún merodeador; la señorita Wilding, simplemente, ha empleado ese ardid para hacerlo venir sin que sospeche su jefe.

Stimson se sorprendió al oír aquellas palabras. Evans le señaló una silla, mientras Elynor llenaba una taza de café.

—Ed —dijo el joven al cabo de unos instantes—, está aquí, porque confiamos en su honestidad. Ya sabemos que más de una vez ha tenido que cerrar los ojos para no perder su puesto, pero fue algo que siempre hizo a disgusto. Usted es un hombre honrado y ha llegado el momento de que intervenga para acabar con esta pesadilla.

Stimson asintió.

—A veces siento vergüenza de mí mismo —confesó.

—Lo comprendo. Pero si nos ayuda, a partir de mañana podrá llevar la frente siempre alta. Además, habrán cesado ciertas malignas influencias y usted podrá ocupar el puesto de su jefe.

—¿Se refiere a Fox?

—Exactamente. Es cómplice de los asesinos.

El ayudante dio un salto en su asiento.

—Tendrá que probarlo, señor Evans.

—Esta noche, si usted nos acompaña.

—¿Piensan encontrar a Durratt?

Evans se volvió hacia la joven. Elynor hizo un leve gesto de aquiescencia.

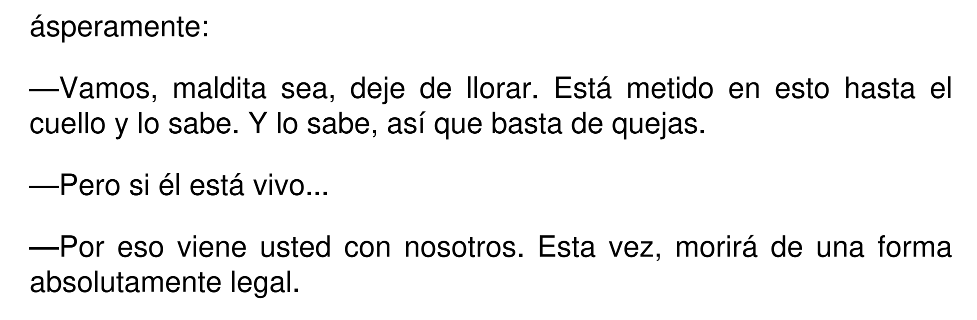
—Puedes decírselo, Gareth.

—Está bien. Ed, Durratt murió realmente el día en que lo cazaron como a una bestia dañina —declaró el joven con dramático acento.

* * *

Wayne Fox caminaba fatigosamente detrás de los dos hombres, uno de los cuales portaba un fusil de caza. El otro llevaba una linterna con la que alumbraba el camino, debido a la absoluta oscuridad del lugar.

Una vez se quejó Fox y Barnett se volvió hacia él, increpándole



ásperamente:

—Vamos, maldita sea, deje de llorar. Está metido en esto hasta el cuello y lo sabe. Y lo sabe, así que basta de quejas.

—Pero si él está vivo...

—Por eso viene usted con nosotros. Esta vez, morirá de una forma absolutamente legal.

Fox refunfuñó algo entre dientes, pero se daba cuenta claramente de que no tenía escapatoria. Maldecía la hora en que se había prestado al juego de aquel hombre de insaciable ambición, pero ya era tarde para rectificar.

—¿No... no se enterará nadie? —preguntó tímidamente.

Barnett se volvió en el acto.

—¿Lo va a divulgar usted por la ciudad?

—Hombre, no, claro...

—Entonces, nadie lo sabrá y Durratt habrá muerto definitivamente. Quedará para siempre en el fondo de la ciénaga y jamás volverá a saberse de él.

—Basta de charlas —cortó secamente Brian Clayton—. Estamos llegando ya y hemos de concentrarnos en lo que debemos hacer.

—Sí, es cierto —convino Barnett.

Con gesto resuelto, movió el cerrojo del arma y envió una bala a la recámara. Él chasquido sobresaltó terriblemente a Fox, quien estuvo a punto de caer al agua, ya que caminaban junto al borde de la tierra firme.

Barnett se detuvo bruscamente.

—Aquí es —dijo.

El terreno ascendía suavemente desde el lugar en donde Durratt había caído al pantano, pero el corte seguía siendo vertical. No obstante, en aquel punto, la distancia a las aguas tenebrosas era de unos cuatro metros.

—La cueva está aquí, justo bajo nuestros pies —declaró Barnett—. Bien, vamos a ver si obligamos a salir a ese hijo del diablo.

Inspiró profundamente y gritó:

—¡Heston! ¡Heston Durratt! ¡Sal de tu escondrijo; queremos verte la cara...!

—No se moleste, Barnett —sonó de repente la voz de Evans—. Durratt no saldrá de esa cueva, por la sencilla razón de que no está ahí.

Barnett se revolvió furiosamente.

—¡Evans! ¿Qué diablos...?

—Durratt murió. Yo encontré sus restos, junto al cadáver del hombre a quien usted atrajo aquí con engaños, para asesinario. Me refiero a Ryman Bates, naturalmente.

—¡No puede probarlo! —aulló el sujeto.

—Sí, puedo probarlo —contradijo Evans sin inmutarse—. Bates era un hábil estafador, capaz de disfrazarse de lo que fuera, sobre todo, si le pagaban bien. Pero después de asustar a Cluney, haciéndose pasar por Durratt, se asustó él mismo al darse cuenta que, sin querer, había tomado parte de una conspiración de mucha mayor envergadura de lo que suponía. Además, había muertes violentas y esto era algo que lo horrorizaba. Fue a ver al comisario para contárselo todo y éste, a su vez, se lo contó a usted. Entonces, supo que debía eliminarlo, porque si aquí no se hacía nada, Bates hablaría en otro lugar. Por eso le metió dos tiros por la espalda y luego arrojó su cuerpo a la ciénaga, justo en el mismo sitio donde yacen los restos de Durratt.

Fox empezó a temblar convulsivamente. Clayton se volvió hacia Barnett.

—Harrington, te dije que esto no podría salir bien —gruñó.

—Cállate, estúpido. También esperabas sacar una buena tajada del asunto. Además, todavía podemos salir adelante. Tengo un fusil cargado...

—¿El mismo que se trajo su hijo de África? ¿El que empleaba para defenderse en sus safaris fotográficos?

—¿Cómo lo sabe? —bramó Barnett.

—Ese fusil es el mismo que se empleó para la matanza el día de la fiesta de los cazadores. Durante aquellos momentos, usted se hallaba

ausente del jardín. En realidad, se hallaba en el gran olmo situado algo oblicuamente con respecto a la fachada posterior del Club.

»Muy posiblemente, Durratt estaba en otro árbol contiguo, con su Winchester, harto de odios, de desprecios y de vejaciones, pero sólo con ánimo de darles un buen susto. Usted, en cambio, quería que muriese la gente, para que todos se volviesen contra Durratt, el principal obstáculo para sus planes. Si Durratt, como parecía más probable, no vendía sus tierras, las demás no servirían para nada. Por tanto, tenía que morir, pero debía ser de una forma espectacular y que, además, no inspirase sospechas. Ya sabemos todos lo que sucedió después de que usted se hartase de disparar desde el olmo grande.

—¿Cómo podría probarlo, Evans? —lo desafió Barnett.

—Encontré una cápsula vacía al pie del olmo. Usted, sin duda, debió de ir más tarde, para recogerlas todas, pero una, al menos se quedó allí. Encontré un proyectil en la madera de la jamba de una puerta. Otro más extraje del cadáver de Bates. El arma que empleó es el fusil de caza de su hijo, un máuser calibre siete milímetros, mientras que el rifle de Durratt era un Winchester 30-30. Su cómplice, Wayne Fox, un comisario venial, aceptó declarar que el arma de la matanza había sido el rifle de Durratt. Por eso desaparecieron las balas sacadas de los cuerpos de las víctimas. Pero todavía hay más.

Fox temblaba como un azogado.

—Yo no quería hacerlo... —lloriqueó—. Me obligaron...

—El doctor Clayton —continuó Evans—, fue, en realidad, el que ocupó el puesto de Durratt, para asesinar a dos miembros del Club, Medwill y Griff, aparentemente por venganza, pero, en realidad, porque se mostraban renuentes a venderle sus tierras a Barnett. Usted, doctor, esperaba también obtener un suculento beneficio de este negocio de sangre. Y no empleó un cuchillo, como todo el mundo suponía, ya que el de Durratt se hundió con él y todavía está bajo las aguas, sino un instrumento propio de su condición de médico: un bisturí.

Los dientes de Clayton chasquearon.

—Maldito entrometido...

—Otro lo habría hecho algún día —dijo el joven flemáticamente—. El caso es que ya existen pruebas para someterlos a juicio a los tres.

Apostaría algo, incluso, a que el comisario Fox lo declarará todo, actuando como testigo de cargo, para librarse de una condena muy severa. ¿No es cierto, comisario?

—Si, sí... —chilló el aludido—. Lo diré todo... Ellos me obligaron...

El fusil de Barnett tronó repetidamente. Fox lanzó un horrible alarido y trató de llevarse las manos a la espalda.

Implacable, Barnett disparó otra vez. Pero entonces ocurrió algo inesperado.

Barnett y el doctor Clayton se hallaban justo al borde de la ciénaga. El terreno era allí muy inestable y cedió bruscamente.

Se oyó un sordo fragor, no lo suficiente, sin embargo, para ahogar los gritos de desesperación de los dos hombres, que caían envueltos en toneladas de tierra blanda y arcillosa. Las aguas de la ciénaga se agitaron durante unos momentos, hasta que, al fin, volvieron a calmarse y recobraron su aspecto habitual.

Cluney, a poca distancia, se persignó religiosamente.

—«La venganza es mía», dice el Señor —murmuró.

—Justicia divina —añadió Stimson.

—Consideraban a Durratt como hijo del demonio, pero ellos despertaron el que tenían en su alma —dijo Evans gravemente—. Ese demonio fue el que los impulsó a cometer tan horrendos crímenes.

—Y ahora los ha arrastrado a su eterna perdición —concluyó Elynor.

* * *

Evans subió a Claire Forest cerca del mediodía siguiente y se sentó en la veranda, junto a la dueña de la casa.

Durante largo rato, permanecieron en silencio. Al fin, Evans se volvió hacia la joven.

—Prácticamente, el caso está terminado. Stimson se encargará de todos los trámites que faltan. El municipio lo ha confirmado en el cargo.

—Lo celebro. Es un hombre honesto. No se dejará manejar, como sucedía con Fox.

—Lo pagó con la vida. Fue suficiente castigo.

—Gareth, te ocuparás de los restos de tu tío, supongo

—Sí, esta tarde volveré allí, con Cluney. Mañana lo enterraremos. Vendrán mis padres..., y te conocerán, si no tienes inconveniente.

—Ninguno. —Elynor apoyó el mentón en una mano y lo miró fijamente —. Dime, Gareth, ¿Qué haces en Washington? ¿Funcionario de algún departamento secreto?

Evans sonrió.

—No. Trabajo en una agencia privada de seguridad. El gobierno, sin embargo, nos encarga a veces ciertas investigaciones muy discretas, eso es todo.

—Comprendo. Entonces, tienes experiencia...

El joven se echó a reír.

—Ha sido mi primer caso práctico —explicó—. En realidad, soy un burócrata de la agencia, aunque de cierto rango. Pero leyendo los expedientes, se aprende mucho, inevitablemente.

—¿Volverás allí?

Evans hizo un gesto de duda.

—Dimití provisionalmente y no sé todavía qué haré. Quiero encargar un estudio de las tierras de mi tío y sobre las ventajas o desventajas de la desecación de Swamp Woods. Eso llevará tiempo y no tengo prisa por regresar a Washington.

—Entonces, te quedarás aquí una temporada.

—Quizá definitivamente, Elynor. ¿Te gustaría?

Los labios de la joven temblaron.

—Si no piensas mucho en mi pasado...

Evans alargó la mano y tomó la de Elynor.

—A tu lado, sólo pensaré en el futuro —contestó.

FIN